UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO

Facultad de Humanidades y Educación

Escuela de Comunicación Social

Mención Periodismo

Trabajo de Grado

CAFÉ MARTINEZ ESTÁ EN EL CIELO
Reportaje sobre la vida, pasión y muerte de un pelotero venezolano

Tesista: María Isabel Moya

Tutor: Javier Conde

Caracas, 5 de septiembre de 2013

Formato G:

Planilla de evaluación

Fecha: _____

Escuela de Comunicación Social

Universidad Católica Andrés Bello

En nuestro carácter de Jurado Examinador del Trabajo de Grado titulado:

_____

_____

_____

dejamos constancia de que una vez revisado y sometido éste a presentación y evaluación, se le otorga la siguiente calificación:

Calificación Final: En números_____ En letras:_____

Observaciones_____

_____

_____

_____

_____

Nombre:

_____	_____	_____
Presidente del Jurado	Tutor	Jurado

Firma:

_____	_____	_____
Presidente del Jurado	Tutor	Jurado

Para mis padres, por creer en mí desde que di mis primeros pasos.
Para mi hermano, mi mayor alentador, mi orgullo.
Para los peloteros y demás atletas criollos que se sientan identificados.
Y para todo guaireño y “guairista”.

Agradecimientos

Al destino por llevarme a esta historia que tiene mucho de mí. Me encaminó a lo que quiero ser como periodista y crecí como persona.

A la Santísima Trinidad y a mi Virgencita por reconfortarme todas las noches.

A todas las almas celestiales con las que hablo siempre, aunque no puedo verlas, sobre todo a ti, Café.

A mis padres, David Moya y Filomena De Quintal, por estar siempre conmigo, por confiar en mí. Jamás tendré como pagarles, son mi vida entera.

A mi hermanito, Davier, porque aun siendo menor ha hecho el papel del hermano mayor, porque siempre está ahí cuando lo necesito y sobre todo por demostrarme que está orgulloso de mí.

A mis tres abuelitas por meterme en todas sus oraciones para que todo saliera bien. Las adoro.

A quien fue mi tutor, mi profesor, mi jefe, mi maestro, Javier Conde, la persona que me estuvo acompañando a lo largo de este camino.

A las personas que creyeron en mí y que aportaron un granito de arena para ayudarme a construir esta historia. A todos, gracias.

ÍNDICE

Contenido

INTRODUCCIÓN 6

EL MÉTODO 8
- **Presentación de la Investigación** 8
- **Delimitación** 11
- **Justificación** 12
- **Limitaciones** 13
- **Logros** 13
- **Objetivo general** 13
- **Objetivos específicos** 14
- **Hipótesis** 14
- **Tipo de Investigación** 14
- **La elaboración de la Semblanza** 17

CAPÍTULO I: SALIR DE ABAJO 25

CAPÍTULO II: LAS TRAMPAS DEL ÉXITO 41

CAPÍTULO III: DÍAS DE PERDÓN 63

BIBLIOGRAFÍA 80

ANEXOS 84

INTRODUCCIÓN

A los siete años creían que sería boxeador, a los 14 quizás jugador de baloncesto, pero a los 17 se convirtió en pelotero profesional.

Carlos Alberto Martínez, mejor conocido como “Café” Martínez, nació en La Guaira el 11 de agosto de 1964. Era el séptimo de diez hermanos que nacieron de la unión de Teodoro Escobar y Nicasia Martínez. Vivió su niñez entre guantes de boxeo y su adolescencia entre el baloncesto y las carrearas de caballo. A los 16 años casualmente entró en el beisbol profesional, aunque a los 13 años se había prometido no participar nunca en esta disciplina.

Fue un prospecto como pocos, los Tiburones de La Guaira y los Yankees de Nueva York lo firmaron a principio de los años 80 con miras a que sería grande. Tenía buenas condiciones físicas, medía 1,95 metros, tenía fuerza en el brazo y poder en el bate. En su época dorada, entre los años 80 y 90, llegó a ser un *caballo*, como les llaman a los grandeligas en Venezuela, de esos que el pitcher se asusta a la hora de lanzarles la bola. Permaneció 15 temporadas en el beisbol profesional venezolano y siete en Grandes Ligas.

Se caracterizaba por una personalidad invulnerable, deliberada y a la vez altruista, rasgos que le permitieron ser un profesional y llegar a conciliar su más grande logro, alcanzar el debut en Grandes Ligas. Indomable e imparable, hasta que fue sorprendido por la más grande prueba de su vida que repercutió tanto a nivel profesional como personal.

Lo antes descrito apunta a indagar, incesantemente, hasta tratar discernir los factores que incidieron para que este talento excepcional no administrara su gloria y por el contrario, declinara personal y profesionalmente al encontrarse con una sociedad castigadora.

Con esta investigación se pretende demostrar que la personalidad controversial de “Café” Martínez influyó en el manejo de su éxito y fracaso, los cuales vienen de la mano de una sociedad siempre dispuesta a juzgar.

Se escogió realizar una semblanza como método para la reconstrucción de la vida de Café, porque fue una figura de interés nacional gracias a su destacada actuación en el beisbol venezolano y por su controversial vida personal que lo llevó a ser un personaje amado por muchos y odiado por otros. El desarrollo de esta historia se divide en tres capítulos.

La primera etapa parte con el declive final, se muestran algunos detalles de sus últimos días. Además, se relata la historia desde que era niño hasta llegar a la adolescencia. Su salto a pelotero profesional.

La llegada a Grandes Ligas marca el inicio de la segunda etapa de la semblanza. Describe su desarrollo como pelotero profesional en Venezuela y en el extranjero. También se tratan sus polémicas dentro y fuera del terreno. Se revela su compleja personalidad.

La tercera etapa resume el final de la historia. Muestra una segunda parte de la vida de “Café” Martínez, el desarrollo y la vivencia de una enfermedad que lo hace reflexionar con respecto a su polémica vida, y que más tarde lo lleva a la tumba.

Hoy en día este personaje vive en la historia del equipo de los Tiburones de La Guaira y se erige como una de las figuras más emblemáticas de la franquicia. Además, su hijo José “Cafecito” Martínez viste la camiseta número 40 que usó Café durante sus 15 temporadas en el beisbol venezolano. También se construye un estadio para la organización con sede en el estado Vargas con el nombre de Carlos “Café” Martínez.

EL MÉTODO

Presentación de la Investigación

El presente estudio cuenta la historia de un pelotero profesional venezolano, que se destacó durante las décadas de los 80 y 90. El personaje, entre tanto profesionales del beisbol venezolano, es Carlos Alberto Martínez, mejor conocido y recordado como “Café Martínez”.

La vida personal, la trayectoria profesional y la desaparición física del personaje son los aspectos tomados en cuenta para proyectar en letras la vida de quien se convirtió en una figura controversial, que toco la gloria y que se hundió en el fracaso. Todo esto abordado mediante el género periodístico de la semblanza con la intención de brindar al lector un trabajo de interpretación e imaginación que presenta con sencillez la historia de este pelotero.

La semblanza es un género del periodismo, específicamente de investigación, que se encuentra definido en la modalidad dos, propuesta por el *Manual del Tesista de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello* ([UCAB], 2003) como “una indagación in extenso que conduce a la interpretación de fenómenos ya ocurridos o en pleno desarrollo utilizando métodos periodísticos. Sus características del tema, enfoque y género elegidos”. (p.20)

Desde este punto de vista, la semblanza sobre la vida de Carlos “Café” Martínez es un trabajo de periodismo de investigación. Para desarrollarlo es necesario la documentación exhaustiva y minuciosa sobre el personaje mediante la utilización de métodos periodísticos que permiten interpretar los hechos reales, como lo es el género de la semblanza, con la

intención de narrar una historia cargada de intensidad que detalla cómo fue "Café" Martínez que alcanzó "en tan corto tiempo el triunfo y en menos tiempo aún el fracaso".

Es preciso señalar que este reportaje está planteado en la submodalidad tres-Entrevista de personalidad-Semblanza, de la modalidad dos, de acuerdo al *Manual del Tesista* ([UCAB] ,2003) y se define como "una exploración profunda de la vida, pensamiento y contexto histórico-social de un personaje relevante en la vida nacional a través de conversaciones y revisión de fuentes documentales y vivas, lo que permite ofrecer de él una visión integral. (p.22)

Benavides y Quintero (2004) afirman que "la semblanza es un reportaje interpretativo acerca de una persona real con un tema de interés humano. Su objetivo es resaltar la individualidad de una persona y/o colocarla en un marco general de valor simbólico social". (p.179)

En referencia al periodismo interpretativo, Benavides y Quintero (2004) plantean lo siguiente:

> El periodismo interpretativo nos enseña con mayor frecuencia que la realidad no puede capturarse *objetivamente* y que el periodismo solo intenta proporcionar la mayor cantidad posible de *verdades parciales* acerca de los hechos. Estas verdades son utilizadas por los periodistas para responder a dos preguntas cruciales del periodismo contemporáneo que no pueden responderse cabalmente por medio de la noticia: cómo y por qué. (p.173)

El personaje de Carlos “Café” Martínez es de interés nacional e internacional, fue una figura relevante del beisbol profesional venezolano en el equipo de los Tiburones de la Guaira, específicamente a mediados de los años 80, cuando se unió al grupo de la recordada Guerrilla de los Tiburones que había consolidado al equipo como ganador en una racha de victorias consecutivas. Café Martínez fue el último de los jóvenes novatos estelares en incorporarse. Aún en la actualidad es considerado como una de las principales caras de la franquicia deportiva.

En el contexto internacional tuvo un rápido ascenso en las Ligas Menores por sus excelentes actuaciones. Fue firmado inicialmente para los Yankees de Nueva York en el año 1983. Más tarde, en 1986, es negociado su cambio a la franquicia doble AA de los Medias Blancas de Chicago, equipo que le daría la oportunidad de debutar en las Grandes Ligas en 1988.

Con este trabajo periodístico, se busca realzar la personalidad de Martínez y destacar los factores que incidieron en el desenlace de su vida profesional y personal. Esta visión integral es posible por la utilización de fuentes documentadas y vivas que han de permitir, posteriormente, interpretar los hechos y reconstruir la historia de esta figura del beisbol profesional venezolano que le tocó gozar el triunfo y padecer la amargura de su repentino final.

La semblanza es de tipo obituario, Benavides y Quintero (2004), señalan que el obituario “es una semblanza póstuma con la que se recuerda y homenajea a alguien que en vida acumuló especiales méritos”. (p.188)

Se pretende dar claves para comprender la vida de un hombre que en vida fue digno de reconocimientos y, aun después de muerte es merecedor de recuerdos, nostalgias y cariños.

> La semblanza periodística tiene muchas similitudes con la del retrato pictórico. (…) Cada pincelada-cada palabra-es importante, pues se nos está contando una historia. (…) Para lograr esto, debe valerse de los mismos recursos que utiliza el escritor de ficción: descripción, dialogo y narración. (…) (Benavides y Quintero, 2004, p.180)

Los recursos del lenguaje escrito tales como la descripción, el dialogo y la narración están incluidos para inyectar dramatismo a la semblanza, con la idea central de enamorar al lector de la historia. La utilización de estos recursos busca dibujar no sólo al personaje principal de la historia sino todos los relacionados a él que contribuyen a hablar sobre la realidad. Así pues, se han de describir los lugares, las anécdotas y todo lo que de una manera u otra es indispensable para que el lector pueda imaginar o trasladarse como espectador de la vida de un personaje marcado por el triunfo y la tragedia. En medio de una estructura de constructivismo interpretativo basado en la realidad expuesta por las fuentes vivas y documentadas, y con una escritura fácil de digerir por el lector.

Delimitación

Esta investigación abarca los momentos claves de la vida de Carlos "Café" Martínez desde su nacimiento en 1965 hasta su muerte en 2006. La construcción de esta semblanza se hace por medio de la utilización de fuentes vivas, artículos de prensa y publicaciones electrónicas que hablan sobre sus actuaciones como pelotero profesional (estadísticas) debido a que no existen antecedentes bibliográficos que hablen sobre el personaje.

Justificación

Se decidió realizar una semblanza póstuma u obituario porque no existe ningún registro de escritos o documentales audiovisuales sobre un personaje que se torna interesante para una historia.

Benavides y Quintero (2004) señalan al respecto:

> Un buen sujeto de una semblanza es una persona de la que se puede contar una historia interesante. El tema debe ser relevante, el diálogo agudo y el desarrollo entretenido. Hellen Benedict distingue cinco razones por las cuales los periodistas pueden escoger a los sujetos de una semblanza: fama, logros, dramatización, estilos de vida insólitos y símbolo. (p.193)

Fama, logros, dramatización, estilos de vida insólitos y símbolo; todo esto fue “Café” Martínez. La combinación de estos cinco elementos. Fama, por el logro de alcanzar la meta de las Grandes Ligas, drama por su llevar una vida indisciplinada y símbolo por asumir liderazgo en el equipo de Los Tiburones de La Guaira.

Esta es una semblanza que intenta ser un retrato de una figura que gira en torno al interés humanístico. Está dotada de una investigación profunda que busca regalarle al lector la experiencia de conocer el porqué se considera que la historia del “Café” es importante.

Limitaciones

La principal limitación fueron las fuentes documentales o fuentes físicas. No existe bibliografía sobre el personaje, solo estadísticas deportivas. En cuanto a las fuentes vivas, se dificultó el acceso para conseguir a algunos entrevistados y hubo negación por parte de otros, sin embargo se hizo posible el acceso a la mayoría de las fuentes.

Logros

Reconstruir la vida de Carlos “Café” Martínez y lograr el primer reportaje de investigación sobre el personaje. El hecho fue posible gracias a las voces de las personas que compartieron con él durante su vida. Las estadísticas documentadas, la fuente bibliográfica y diferentes artículos de prensa venezolana sirvieron principalmente para revisar datos de su desempeño como pelotero profesional y para identificar a las fuentes vivas iniciales.

Objetivo general

Elaborar una semblanza póstuma de Carlos “Café” Martínez, basada en testimonios reales, que haga énfasis en los aspectos más resaltantes de su vida.

Objetivos específicos

- Analizar los aspectos más destacados de la vida personal de Carlos Café Martínez como la infancia, familia, pasiones, vicios, éxitos y orfandades.
- Describir los inicios y trayectoria como deportista profesional de Carlos Café Martínez
- Revelar de qué manera “Café” Martínez se convirtió en un referente en la historia de una fanaticada.
- Analizar los rasgos de personalidad que incidieron en su éxito y en su fracaso.

Hipótesis

Las condiciones de crianza y vida de “Café” Martínez marcaron una personalidad controversial tanto para el éxito como su derrumbe final.

Tipo de Investigación

Canales (1996) señala que “hay diferentes tipos de investigación, los cuales se clasifican según distintos criterios…” (p. 53)

En ese texto explica que los criterios empleados para establecer los diferentes tipos de investigación son: “el nivel de investigación y el diseño de investigación.” (Ver apéndice B, p. 9)

Arias F. (1999) señala como nivel de investigación “al grado de profundidad con que se aborda un objeto o fenómeno”. Según el nivel, la investigación puede ser: exploratoria, descriptiva y explicativa. (p.19)

De la investigación exploratoria, el autor expresa lo siguiente: “Es aquella que se efectúa sobre un tema u objeto poco conocido o estudiado, por lo que sus resultados constituyen una visión aproximada de dicho objeto”.

Al respecto, *el Manual del Tesista* ([UCAB] ,2003) concuerda al definir la investigación exploratoria:

> Se orientan a proporcionar elementos adicionales que clarifiquen áreas sobre las que existe un bajo nivel de conocimiento o en las cuales la información disponible está sumamente dispersa. No generan conclusiones terminantes sino aproximaciones y permiten reconocer tendencias, corrientes o inclinaciones en una determinada situación.

La historia de Carlos “Café” Martínez es estudiada a fondo en este trabajo, se realzan los aspectos más importantes de su vida profesional y personal que no se han contado antes. Por esta razón, el tipo de investigación es exploratoria debido a que se indaga o se explora sobre su vida con la intención de construir una visión aproximada a la realidad.

Del diseño de investigación, Arias F. (1999) expresa que “es la estrategia que adopta el investigador para responder al problema planteado”. (p. 20)

El autor describe, en atención al diseño, “la investigación se clasifica en: Investigación Documental (…) Investigación de Campo (…) y la Investigación Experimental”.

No obstante, *el Manual del Tesista* ([UCAB] ,2003) describe que de acuerdo al diseño, la investigación se clasifica en:

- Experimental
- No experimental
- Cuasiexperimental
- Preexperimental.

El Manual del Tesista ([UCAB] ,2003) define a la investigación No experimental como:

> Es un diseño en el que no se ejerce control ni manipulación alguna sobre las variables de estudio, sino que se observa de manera no intrusiva el desarrollo de las situaciones y en virtud a un análisis cuidadoso se intenta extraer explicaciones de cierta validez (…) Los instrumentos de investigación en que se apoya son la observación directa, la entrevista y la revisión de archivos.

Este trabajo es una investigación que se adapta al tipo No experimental, debido a que está sustentada en los instrumentos de investigación como la entrevista, la información documentada hemerográfica y la observación que es imprescindible para lograr describir los detalles que son significativos, puesto que una semblanza debe ser percibida como un retrato para el lector y esto es posible mediante una observación detenida.

La semblanza de “Café” Martínez es una investigación de tipo exploratoria, con un diseño No experimental, enmarcada dentro la modalidad dos - periodismo de investigación - en la submodalidad tres - entrevista a personalidad -semblanza- planteada por el Manual del Tesista de la UCAB (2003).

La elaboración de la Semblanza

Realizar la semblanza de Carlos “Café” Martínez estuvo delimitada por un plan de trabajo que se puede estructurar de la siguiente manera.

a) Documentación previa:

Se procedió a la búsqueda de información sobre el personaje y se logró recopilar material informativo disponible en archivos de publicaciones periódicas y de sitios web. A partir de este punto, se analizó la información y se extrajeron las ideas que se formularon en un mapa mental como la referencia para dirigir la investigación.

La información obtenida en esta etapa inicial sirvió como arranque para identificar las primeras fuentes vivas que se entrevistaron. Y de acuerdo a cada contexto se elaboró un cuestionario debidamente fundamentado.

Esta investigación inicial se hace posible por las visitas realizadas a la hemeroteca nacional y a los archivos de *El Nacional*. Así como por el acceso a los sitios webs que brindan breves contenidos sobre el conocido “Café”.

b) Identificación de las fuentes, preparación y elaboración de las entrevistas.

Benavides y Quintero (2004) señalan sobre las fuentes humanas lo siguiente:

> Son el principal recurso del periodista. En cada hecho noticioso hay siempre una gran variedad de individuos que pueden ofrecer detalles sobre los acontecimientos. Lo importante entonces es que quieran darlos. Por ello, una de las principales preocupaciones del reportero es saber encontrar a estas personas y establecer la relación que le permite sacar al máximo provecho de ellas. (p.83)

La documentación previa sirvió de base para identificar las fuentes, el principal recurso para llevar a cabo esta semblanza. La frase más encontrada en los periódicos y en la web que describe al “Café” Martínez era:

> Fue uno de los jugadores más emblemáticos del equipo de béisbol venezolano Tiburones de la Guaira (…) Conformó en los años 80 la llamada “Guerrilla” junto a beisbolistas como Oswaldo Guillen, Norman Carrasco, Luis Salazar, Raúl Pérez Tovar, Alfredo Pedrique y Luis Mercedes Sánchez.

Por lo que se decidió identificar las primeras fuentes vivas en el medio deportivo y se procedió a la preparación de los cuestionarios para seguidamente entrevistar a: Alfredo Predique, Ángel Bravo, José Monzón y José “Cafecito” Martínez en el Estadio Universitario de Caracas, en la temporada 2012- 2013. De estas entrevistas surgen nombres para las siguientes que le fueron dando cuerpo a la historia.

Al respecto, Taylor y Bogdan (1987/ 1996) afirman la siguiente técnica “conocer a algunos informantes y lograr que ellos nos presenten a otros”. (p. 109)

Se identificaron algunas fuentes vivas las cuales no fue posible entrevistar por factores como: negación a dar declaraciones, dificultad de acceso, imposibilidad de comunicación, entre otros.

Fuentes vivas

El siguiente cuadro de fuentes vivas hace referencia a las personas entrevistadas y su relación con el personaje principal Carlos “Café” Martínez. Se mencionan por apellidos en orden alfabético.

Entrevistado	Tipo de entrevistado	Observaciones
Acosta, Humberto	Periodista deportivo, especializado en beisbol.	
Aponte, César	Padrino de bautizo. Vecino.	
Arteaga, Gregory	Amigo personal.	
Arteaga, Rosa	Amiga personal.	
Bautista Romero, Carlos	Periodista deportivo.	
Bravo, Ángel	Ex pelotero profesional. Actual instructor de bateo de los Tiburones de La Guaira.	
Cabrera, Alex	Pelotero profesional.	No pudo ser

		entrevistado
Carrasco, Norman	Ex pelotero profesional.	No pudo ser entrevistado
Cordido, Héctor	Gerente deportivo de Venevisión.	
Corro, Ramón	Locutor deportivo.	
Domínguez, Pedro	Amigo personal.	
Figueroa Ruiz, Carlos	Periodista deportivo	
Fuenmayor Asdrúbal,	Presidente ejecutivo de la emisora Radio Deporte 1590 AM.	
Gómez, Pamela	Ex compañera sentimental.	
González, Evelyn	Viuda.	
González, Javier	Historiador especializado en beisbol.	
Guillén, Oswaldo	Ex pelotero profesional.	No pudo ser entrevistado
Guzmán, Galvis	Periodista deportivo.	
Herrera, Homero	Ex vigilante del Estadio Universitario de Caracas.	No pudo ser entrevistado.
Hidalgo Peña, Atilano	Fanático. Actual animador interno de los Tiburones de La Guaira.	
Lobato, Olga	Vecina. Madrina de bautizo.	
Martínez, Adriana	Hermana.	

Martínez, Felicia	Hermana.	
Martínez, José "Cafecito"	Hijo. Actual pelotero profesional.	
Martínez, Luisa	Vecina.	
Martínez, Mayita	Hermana	
Martínez, Omar	Hermano.	
Martínez, Orlando	Hermano. Ex club house de los Tiburones de La Guaira.	
Martínez, Rómulo "Guayoyo"	Hermano. Ex pelotero profesional	
Martínez, Teodoro	Hijo. Actual pelotero profesional.	
Monzón, José	Ex pelotero profesional. Actual coach de bateo de los Tiburones	
Moreno, Carlos "Morocho"	Ex pelotero profesional. Ex gerente deportivo, ex coach y ex scout de los Tiburones de La Guaira. Actual scout internacional de los Orioles de Baltimore.	
Pedrique, Alfredo	Ex pelotero profesional. Actual Manager de Caribes de Anzoátegui.	
Serrano, Ignacio	Periodista deportivo especializado en beisbol	

Urbina, Ugueth	Ex pelotero profesional.	No pudo ser entrevistado

c) Análisis de las entrevistas:

Se procedió a escuchar detenidamente cada entrevista y estudiar los detalles que las fuentes revelaron para así poder analizar el contexto y proyectarlo en la semblanza. En este punto, se añade valor agregado a la observación, que fue detenida para cada sujeto entrevistado. Estar atento a sus reacciones y sus impresiones fueron características muy importantes para desarrollar la semblanza.

Se estuvo muy pendiente de las pistas que surgían de cada entrevistado y de las descripciones que cada uno planteaba del "Café". Estos aportes facilitaron el análisis y la descripción de cada una de las facetas planteadas en la semblanza.

Al escuchar y analizar las entrevistas, repetidamente, surgían elementos que se añadían a la historia y facilitaban la interpretación de los hechos, además de hacer connotaciones específicas de los momentos claves de la vida de Café.

d) Estructura y construcción de la semblanza

La semblanza se estructura en tres capítulos. Se narra en forma circular, es decir, comienza desde el mismo punto en la cual finaliza. Dentro de esta

estructura se utilizan recursos periodísticos tales como, la reconstrucción de escenas, retrocesos y adelantos en el tiempo (flash back y flash forward).

- *Capítulo I: Salir de abajo*

Comienza con el declive final. En este capítulo se relata la historia desde que era niño, hasta llegar a la adolescencia. El fallecimiento de su padre da inició a una nueva etapa en su vida. Además, se cuenta cómo pasó de ser un muchacho que jugaba todos los deportes en caimaneras callejeras, a ser un prospecto deportivo. El ingreso a la organización de los Tiburones de la Guaira, el equipo en el cual se forma como deportista y al que perteneció hasta el momento de su retiro de LVBP.

- *Capítulo II: Las trampas del éxito*

Se convierte en el venezolano número 50 en vestir un uniforme de grandeliga. En este capítulo se explica principalmente su llegada a las Ligas Mayores y su permanencia en la misma. Momento en que el personaje se encuentra en la cúspide de su carrera, acompañado de contratos con grandes cifras de dinero que van de la mano de vicios y excentricidades, aunque también de solidaridad con los demás. Las carreras hípicas y las mujeres son su mayor obsesión y el derroche de dinero en ello es aún más grande.

Además esta fase presenta los momentos en los cuales la prensa saca a la luz todo su carácter, peleas y conflictos que lo llevan a tener problemas legales y hasta pasar un par de semanas en la cárcel de Los Flores de Catia. El Café del barrio permanece presente a pesar de tener otro

nivel económico, conserva su mismo círculo social, sus mismos intereses y gustos.

- *Capítulo III: Días de perdón*

La vida de tertulias y festejos lo conduce a un declive inesperado que lo postra en una enfermedad que lo paraliza en todos los sentidos. Se conoce la segunda etapa de la vida de Café, el arrepentimiento, el perdón. Ahora es un hombre que incita a los demás a no repetir su historia. Se muestra su personalidad compleja, rebelde y humana a la vez. Regresa a los últimos días de su vida. La muerte.

CAPÍTULO I:
SALIR DE ABAJO

Cada día se consumía un poco más. Los pies sobresalían de aquella cama de hospital, aunque sus casi dos metros de estatura ya no impactaban. Su tez color café se había aclarado y su férrea mirada era solo desolación. La fuerza y el vigor de los años 80, cuando comenzó su gloria, eran apenas un recuerdo. Ya no respiraba por sí mismo.

Habían pasado varios días desde que volvió al hospital. Minucioso y temeroso, estaba pendiente de los tratamientos que le colocaba la enfermera de guardia y no se dejaba hacer nada sin que antes le dieran una explicación. Sin embargo, hacía caso. Ya no era el cuarto bate rebelde de hacía más de una década.

Aquella mañana de enero de 2006 despertó con la idea de abandonar definitivamente el Hospital Universitario de Caracas. Levantó la cabeza y observó la silueta de su hermana menor, Adriana, que se encontraba sentada en una silla de aluminio, tiritando de frío, en la que debía permanecer el familiar que estuviera al cuidado del paciente.

—Adriana, sácame de aquí— dijo, con la voz de mando de hermano mayor que siempre empleó.

Ella se puso de pie, lo miró a los ojos y le explicó que no podía irse del hospital cada vez que se le antojara. Carlitos —como lo llamaron siempre en casa— había abandonado el centro hospitalario un mes antes, siempre se salía con la suya. Adriana estaba acostumbrada a discutir con él, pero al final cumplía con los caprichos de su hermano mayor, el *grandeliga* venezolano Carlos “Café” Martínez.

Café estaba dispuesto a firmar lo que fuera antes de permanecer un minuto más en ese lugar que se le tornaba deprimente. Los pacientes fallecían uno tras otro y él no quería ser el próximo en la lista. “Si me voy a morir que sea en mi casa, como mi mamá, no en esta vaina”, le dijo a Adriana, que no toleraba verlo sufrir cada noche en ese lugar. No soportaba, además, ver al más fuerte de sus hermanos, al más echado para adelante, al que lo logró todo con esfuerzo y trabajo, ahora indefenso, triste y deprimido en esa cama de hospital, fría y hostil.

No le parecía justo ver extinguirse a ese hombre que dieciocho años antes, el 2 septiembre de 1988, fue el orgullo del país al convertirse en el venezolano número cincuenta en alcanzar el sueño de las Grandes Ligas. El gran prospecto, capaz de lanzar una recta sin ser vista la bola y que podía batear con poder. Esbelto, rápido, potente, inconforme. Pero, también el mismo pelotero que los medios mostraron más por sus escándalos que por sus habilidades deportivas.

Desde que cumplió 17 años, cuando se dio cuenta que realmente podía dedicarse al beisbol profesional, se trazó una meta, ser el mejor. Pero la vida le demostró que no todo era color de rosa. Fama, dinero, fiestas, excentricidades, apuestas, mujeres, lo llevaron a esa cama del Hospital Universitario a la que este día le dirá adiós.

Aquella mañana convenció a su hermana Adriana de que hablara con los doctores para marcharse a su casa, antes pasarían por una farmacia a comprar una bombona de oxígeno para mantenerse respirando en el camino hasta llegar a su casa en el Litoral Central. Días antes había colapsado la estructura del viaducto número uno de la autopista Caracas-La Guaira, por lo que se suspendió el acceso a esta vía y el viaje desde la capital hasta el estado Vargas, por vías alternas, era, con suerte, de tres horas.

Era un riesgo aventurarse por la carretera vieja Caracas-La Guaira con una persona delicada de salud y sin equipos para suplantar alguna falla, pero Café prefería estar encerrado en un taxi por horas con un equipo que le surtiera oxígeno, aunque no sabía si le aguantaría hasta llegar, que seguir en aquel lugar donde la muerte lo acechaba en la cama de al lado.

Sobrevivir al camino fue una proeza, pero justo cuando se agotaba el oxígeno llegó, una vez más, a ese apartamento que lo recibía siempre con las puertas abiertas, el que le había dejado su madre, Nicasia Martínez, a esa decena de hijos que formó con esfuerzo y dedicación, combinando su trabajo de enfermera en el hospital José María Vargas de La Guaira con la venta de tortas y dulces a vecinos y amistades. Siete pisos hay que subir en el Bloque 5 de la urbanización 10 de Marzo, —ubicada frente al Polideportivo José María Vargas— para llegar a la vivienda, porque en pocas ocasiones funciona alguno de los cuatro ascensores que sirven a los 300 apartamentos del bloque.

A la edificación se le conoce como “bloque morocho” porque su tamaño es el doble de cada uno de los otros cinco bloques del sector. Las escaleras, diez entradas marcadas por letras, de la “A” a la “J”, son oscuras y sucias, heces y orines se acumulan en los recodos. La letra D, donde queda el apartamento de la familia Martínez, sin embargo, es distinta. Los vecinos mantienen las escaleras aseadas.

Cuando “Café” Martínez volvía al bloque, luego de las cada vez más frecuentes recaídas, nunca faltó quien lo ayudara a subir hasta la casa. Ese día de enero, no fue la excepción, lo esperaba su hermano Omar que, prevenido por Adriana, había colocado en su habitación una bombona grande de oxígeno que lo ayudaría a respirar el resto de los días que le quedaban.

***

En la sala del hogar de los Martínez se encontraba el único televisor del apartamento. Era una caja grande con una pantalla pequeña que transmitía imágenes en blanco y negro. Teodoro Venancio Escobar esperaba las noches de pelea por Venezolana de Televisión para observar las técnicas de los boxeadores y aplicarlas después con el que creía que sería su futuro pugilista.

Teodoro Escobar, mejor conocido como Café por su color de piel, no era un padre ejemplar. Cuando la política, las mujeres y el ron le dejaban tiempo, sacaba a sus hijos a jugar, a practicar deportes, porque veía un futuro promisorio en ellos, alentado por historias ajenas y los éxitos que transmitía la televisión. Llevaba a Carlos y a Rómulo al Polideportivo José María Vargas, muy próximo al bloque morocho, y les preparaba una rutina de ejercicios.

Carlos, mayor, con su figura desgarbada, debía dar pasos hacia delante y hacia atrás, en ritmo constante, lanzando golpes al viento, a enemigos imaginarios. Rómulo lanzaba pelotas y las recogía sin parar. Uno, seria boxeador; el otro, pelotero. Para los breves descansos, Escobar había previsto el refrigerio: en el camino había comprado mandarinas, naranjas, una mano de cambur y la cuarta parte de una patilla. Poco, sin embargo, para el apetito voraz de Carlos. El pionero de los “Café” les imponía a cada uno de sus hijos qué debían hacer y qué no. Sus vidas giraban en torno de aquel hombre alto, imponente, con la actitud de un militar.

Junto a Nicasia Martínez tuvo diez hijos, seis hembras y cuatro varones, aunque fuera de esa unión nacieron, al parecer, tres más. Solo algunos llevaban su apellido, legalmente no reconoció ni a Carlos ni a la mayoría de sus hijos.

Era la década de los setenta, la época de oro del boxeo, en todos lados se hablaba de Muhammad Alí y Joe Frazier, leyendas mundiales, rivales acérrimos. Además en ese momento en Venezuela se vivían las victorias de cuatro campeones mundiales: Betulio González, Vicente Paul Rondón, Antonio Gómez y Alfredo Marcano. Desde Carlos "Morocho" Hernández, primer campeón mundial venezolano, en 1965, en el país no recordaba una euforia semejante.

Pero, Carlos jamás tomó la palabra de su padre de convertirse en boxeador. "A él nunca le gustó el boxeo, lo practicaba porque mi papá estaba con la vaina. Era demasiado miedoso, tímido. Igual con la altura que se le desarrolló después, no hubiese podido dedicarse a eso", explica su hermano mayor, Orlando, siempre jocoso, particular.

Su padre decía que era perfecto para montarse en un cuadrilátero porque a pesar de ser delgado tenía fuerza, resistencia y además la nariz chata, tan ancha como la boca, sin ningún hueso en medio, perfecto para la batalla. Lo visualizaba como el prospecto ideal para ser un campeón mundial. Carlos nunca se atrevió a rechazar las imposiciones de su padre, a pesar de no sentirse a gusto con la rutina de los golpes y los ejercicios. Siempre llevaba puestos los guantes, aunque jamás llegó a pelear con nadie, solo con él mismo.

A los trece años de edad, las posibilidades de convertirse en boxeador murieron junto con su padre. El 5 de mayo de 1978, cuando Carlos cursaba el último grado en la escuela básica Hugo Domínguez Sánchez, sus hermanas mayores fueron a buscarlos a él y a sus hermanos más pequeños hasta el salón de clases porque su padre había tenido un accidente muy grave.

Teodoro Escobar era un apasionado de la política, "adeco rajao", que anduvo pregonando los ideales democráticos desde la caída de Marcos

Pérez Jiménez. Fiel a sus más grandes líderes, en especial a Rómulo Betancourt, uno de sus hijos lleva su nombre. El año de 1978 estaba marcado por la contienda electoral que se dirimiría, como siempre, en diciembre. Luis Piñerúa Ordaz, por Acción Democrática (AD), y Luis Herrera Campíns —que resultaría electo— por el Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei) eran los principales candidatos. En la puerta principal del apartamento de los Martínez estaba la bandera blanca y el afiche con la cara de su candidato, Luis Piñerúa, el hombre “correcto”.

Aquella mañana del viernes 5 de mayo, Teodoro Escobar, salió a pegar afiches de su candidato en los alrededores de la comunidad en la que vivía. Al finalizar la bajada de la autopista que viene desde Caracas, justo frente a la parada de autobuses de 10 de Marzo, Escobar lidiaba con uno de aquellos grandes afiches en un poste de electricidad, la escalera en la que estaba montado se movió entre el piso de pequeños ladrillitos, separados entre sí, y cayó sobre el pavimento. En ese momento bajaba desde Caracas una gandola sin frenos que, sin que el chofer se diera cuenta, le pasó por encima, lo arrastró y lo mató en el acto.

Para los Martinez fue un golpe devastador. Había diez bocas que alimentar y se quedaban sin el principal sustento, ya de por sí precario para tanta gente. A partir de ese momento la situación de la familia se hizo aún más difícil.

Nicasia Martínez, enfermera de profesión, tuvo que empezar a hacer guardias dobles en el Hospital José María Vargas de La Guaira para mantenerlos. Además, se ayudaba en sus tiempos libres trabajando la repostería. Luisa Martínez, la vecina de enfrente, la había enseñado a preparar diferentes tipos de tortas a ella y a sus hijas mayores, para que pudieran dedicarse a venderlas y mejorar los escuálidos ingresos.

La vecina estaba casada con César Aponte, padrino de bautizo de Carlos, así que siempre ayudaron a Nicasia con los niños, sobre todo con los más pequeños. “Carlitos estaba todo el día aquí, comía, jugaba y pasaba horas hablando con César, desde que murió su papá se apegó más a él”, recuerda Luisa, una mujer morena, que conserva rasgos finos a pesar de que las arrugas le ensombrecen su rostro sereno.

Las puertas de ambos apartamentos, que quedan frente con frente, siempre están abiertas, solo cierran las rejas para protegerse de la inseguridad. Viven como si fuese un solo hogar desde que Nicasia se quedó sola.

En el apartamento que queda justo arriba del hogar de los Martínez vive Olga Lobato, madrina de Carlos. Ella también ayudaba en lo que podía a su comadre. Todos los días pasaba alguno de los niños a comer, pero Carlos era su consentido, a él siempre le guardaba su plato de comida. “Como no tenía para darle a todos, les decía a los demás que ya mi ahijado había comido y que ya no me quedaba más, pero Carlitos todavía no había pasado”, cuenta Olga, risueña, como si estuviera viendo entrar a su casa al tropel de niños, corriendo y entre gritos. “Carlos no aguantaba hambre, ni cuando niño y menos cuando era un hombre, llegaba destapando las ollas aquí y donde la señora Luisa”, comenta su hermana Mayita que vive en ese mismo apartamento de los Martínez, del bloque morocho.

“Café” Martínez comía a toda hora, en todos lados. Era capaz de ingerir tres veces lo que comía una persona de su edad. “Yo creo que por eso se espigó tanto ese muchacho”, dice Orlando. Pero siempre fue de una delgadez extrema, puro hueso y, con el tiempo, un cuerpo fibroso, duro, de brazos largos.

Para esa época Carlos “Café”, como le decían en honor a su padre, jugaba en las canchas del sector o en el polideportivo todos los deportes. Era

muy activo, nunca se quedaba quieto. A diferencia de él su hermano Rómulo, de 11 años, luego de la muerte de su padre solo practicó beisbol y jugaba de jardinero en un equipo en Caracas, en el estadio Chato Candela, de la parroquia 23 de Enero. Un día el entrenador del equipo, observó en Carlos algunas condiciones físicas y lo invitó a participar en un juego y él, pesar de no estar convencido, asistió.

Tenía 13 años pero parecía de 16 o más. Como era tan alto, desgarbado y desconocía los secretos de empuñar un bate, lo pusieron en aquel primer juego como pitcher. Fue una experiencia frustrante. Su hermano Rómulo recuerda que era una tarde de sol endiablado. A Carlos le pusieron un suspensorio que le molestaba y lo obligaba a tocarse en sus partes íntimas entre un lanzamiento y otro, además, se movía con torpeza sobre aquella lomita de tierra desde donde lanzaba. Pero no escurrió el bulto aunque recibió tantos hits como pelotas lanzó. A las dos entradas lo sacaron del juego.

“Carlos ese día no sirvió para nada. Era la primera vez que jugaba beisbol en un equipo formal y parecía que sería la última”, recuerda su hermana mayor Felicia, que lo llevó aquel día al juego. Luego le juro a la familia que la pelota no era lo de él y a partir de ese momento no volvió a ponerse un uniforme de beisbol en más de dos años. No estaba hecho para las formalidades, lo de él eran campos de tierra, un palo de escoba y unas chapas.

Desarrolló habilidades en otras disciplinas, como baloncesto y volibol, en las que su estatura le daba ventajas. Los entrenadores lo querían en todos los equipos, tanto que infinidad de veces se coleó en otros liceos con camisas prestadas para participar en torneos intercolegiales con sus amigos. “Jugaba volibol buscando de meterse con las muchachas, pero era tan tímido

que no le conocí ninguna novia hasta que se convirtió en pelotero profesional", comenta entre risas su hermano Orlando.

Luego de la muerte del padre, Carlos, que andaba realengo de casa en casa por el bloque, descubrió lo que llegaría a convertirse en una pasión irrefrenable, en una obsesión permanente y, a la larga, enfermiza. Desde los 13 años se hizo fanático de las carreras de caballo.

Desde niño veía en los pasillos del bloque las apuestas clandestinas que siempre llamaron su atención. En poco tiempo, se convirtió en un experto analista de la *Gaceta Hípica*, al punto de que sus pronósticos en las carreras, la mayoría de las veces, eran certeros. Para conseguir el dinero para apostar, Carlos empezó a embolsar y cargar bolsas a los clientes del supermercado Guaymar, donde ahora a su lado está la jefatura civil de 10 de Marzo. En el Bloque 6, frente a la escuela en la que estudiaba, halló a sus cómplices perfectos, los hermanos Arteaga, Lesly y Gregory. Al igual que él, amantes de los caballos, las carreras y el juego. Lesly tenía una distrofia muscular que no le permitía caminar y cuando Carlos lo conoció ya estaba atado a una silla de ruedas.

Café le bajaba la silla de ruedas hasta el pasillo del piso cuatro, en el Bloque 6, y pasaban todo un día jugando caballos en aquellos *mates* callejeros. Nunca estaban de acuerdo en apostar lo mismo, discutían a la hora de elegir al caballo ganador. Compraban la *Gaceta Hípica* los martes y pasaban la semana estudiándola. Carlos se acostumbró a llevar siempre la gaceta doblada en el bolsillo.

La amistad de Café con la familia Arteaga iba más allá de las carreras de caballo. Llegaba desde muy temprano al apartamento y allí se quedaba por horas, a veces hasta que anochecía y lo iban a buscar de la casa. Jugaban desde monopolio hasta fútbol de mesa. Rosa de Arteaga, la madre de sus amigos, pequeña y robusta, con el cabello blanco y corto, trataba a

Carlos como un hijo más. “Si yo tenía que salir, Carlitos se quedaba aquí cuidando a Lesly, que no podía estar solo. Eran como hermanos, tuvieron una amistad muy bonita hasta que los dos se me fueron”, dice, susurra, y se toma las manos, acariciándolas con lentitud.

Los días de Café transcurrían sin sobresaltos, rutinarios. Iba a la escuela, comía en cualquier casa de los vecinos y se encontraba con Lesly a temprana hora de la tarde, para apostar en las carreras y luego iba a jugar en las caimaneras deportivas que se formaban en lo que coincidían media docena de muchachos.

Orlando, el hermano mayor de los Café, que trabajaba en el Puerto de La Guaira, comenzó a organizar los viernes, al terminar la jornada laboral, caimaneras de beisbol en el Polideportivo José María Vargas. Armaba equipos improvisados, una especie de vente tú, y cada uno ponía 100 bolívares. El ganador se llevaba el botín. Orlando decidió invitar a Rómulo y a Carlos a jugar con él. El juego y las apuestas marcaban su camino.

Al principio todo iba bien, Café jugaba en la tercera base y mostraba unas habilidades más naturales que cuando jugó en el Chato Candela. Pero un día, en uno de los juegos, Carlos cometió un error y, en medio del partido, Orlando y él tuvieron una discusión que lo llevó a salirse definitivamente del equipo. Se sentía impotente, frustrado pero no vencido. Se metió en otro equipo de la misma competencia de caimaneras para demostrarle a su hermano que tenía más condiciones de las que él pensaba. Ahí se encontró con la suerte o, quizás, estaba predestinado a ser lo que fue como pelotero.

Edgar “Indio” Mata, representante de uno de los equipos, le veía un talento diferente y decidió darle la oportunidad de ser su tercera base. “Ahí fue donde mi hermano se convirtió en pelotero, jugando en esas caimaneras. Jugando con hombres, cuando él era un muchacho”, recuerda, sin esconder el orgullo, Orlando.

El beisbol venezolano de hace tres o cuatro décadas atrás, cuando el Café empezaba a surgir como pelotero, carecía de las academias y de la estructura formal de ahora. El talento brotaba en las calles, en las plazas, en terrenos baldíos donde se disputaban caimaneras ardorosas, en campos sin el mínimo acondicionamiento, entre rastros de hierba y pedruscos. Ahí se sembró el Café.

El "Indio" Mata percibió las condiciones que poco a poco se le empezaron a desarrollar a Carlos y lo invitó a inscribirse en un equipo regional de clase A, categoría juvenil, perteneciente a línea aérea Avensa. Para ese año 1981 quedaron campeones regionales. La vida de Carlos Martínez iba a dar un vuelco.

Vargas era aún un departamento del Distrito Federal y el equipo de Avensa debía enfrentarse al resto de los equipos de Caracas, para alcanzar el título definitivo y representar a la entidad en el Campeonato Nacional. Las apuestas estaban en contra, pero contra todo pronóstico ganaron. Vargas siempre fue un granero de peloteros que, sin embargo, padecían la mirada despectiva de los equipos capitalinos.

El campeonato nacional se realizó en Trujillo. Café destacó y fue visto por expertos como un prospecto para el beisbol profesional. Su desempeño llamó la especial atención de Carlos "Morocho" Moreno, que había sido jugador de los Tiburones de La Guaira y en ese momento se dedicaba a buscar talentos. "Nosotros como scouts tenemos que estar recorriendo los campos de beisbol por todos lados. Ya a mí me habían hablado de él y fui a verlo al Polideportivo José María Vargas. Me gustó desde la primera vez que lo observé y después del nacional pensé que era el momento de firmarlo", recuerda Moreno.

El socut decidió llamar a Pedro Padrón Panza, fundador y propietario de la organización Tiburones de La Guaira, equipo que sustituyó en la Liga

Venezolana de Beisbol Profesional (LVBP) a Industriales de Pampero, la franquicia original. Moreno le comentó la actuación destacada de Café en el Campeonato Nacional y le dio los argumentos por los que lo consideraba un buen prospecto. Padrón se dirigió a verlo jugar por sí mismo, se dio cuenta de que le sobraba talento y decidió invitarlo a las prácticas a ver si se ganaba un puesto dentro de Los Tiburones.

El equipo Los Navegantes del Magallanes también se interesó en él y hasta un club de la Liga Especial de Baloncesto, —actual Liga Profesional de Baloncesto (LPB) — Telefoneros de Caracas, lo invita a los entrenamientos. “Yo siempre le di ánimos para que jugara beisbol, aunque a él le gustaba más el baloncesto. Gracias a Dios en ese momento se empezó a identificar más con la pelota”, comenta su hermano Rómulo, que tiempo después se convertiría en pelotero profesional, con el apodo de “Guayoyo”.

Las dudas para escoger entre las dos disciplinas lo atormentaban. Siempre le gustó el baloncesto y algunos años atrás se había prometido a sí mismo no dedicarse al beisbol, pero en ese año de 1981, sin proponérselo, como una suma de casualidades, se fue encariñando con el beisbol poco a poco. Recordaba a su padre quien siempre le dijo que siendo pelotero o boxeador “era que podía salir de abajo”. No había hasta la fecha un venezolano en la NBA —National Basketball Association—, pero sí campeones mundiales de boxeo y grandeligas. El beisbol era la apuesta acertada. Y de eso, de las apuestas, él ya tenía una larga experiencia a pesar de su juventud.

Se decantó además por los Tiburones de La Guaira, porque todo le era más fácil. Con Magallanes se le dificultaba el traslado al estadio, en Valencia, y la situación económica no daba para lujos. A los pocos meses de estar entrenando con los Tiburones de La Guaira, Padrón Panza le comunicó que quería firmarlo, pero Carlos aún era menor de edad y Nicasia Martínez,

su madre, se oponía a la firma. Lo quería bachiller, estudiado. Carlos apenas había aprobado el noveno grado de la educación básica en el liceo Mariano Montilla, que queda justo detrás del bloque morocho, tiene un gran patio en la entrada, pasillos largos y oscuros, con salones de clases amplios. Café se había dado cuenta de que sí podía dedicarse al beisbol profesional. Se sentía seguro, confiaba ciegamente en sí mismo, aunque le costara explicarlo.

Pero, Nicasia Martínez se negó a transigir. Padrón presionaba a Café y éste se debatía entre respetar o no la decisión innegociable de su madre. Si no firmaba antes de cumplir la mayoría de edad corría el riesgo de perder el chance de quedarse en el equipo. Tampoco encontró complicidad en el abuelo, ni en su hermano mayor por parte de su padre, Valentín Escobar, que se oponían a su idea de ser pelotero profesional. Valentín, había jugado algunos años antes con los Tiburones, y sabía lo duro que era consolidarse como pelotero, lo difícil que era llegar lejos y sentía temor por su la suerte de su medio hermano. En el beisbol profesional venezolano, de los años ochenta, cuando Café despuntaba, los equipos preferían invertir en la contratación de peloteros importados que en dar oportunidades al talento nacional. El denominado “viernes negro” del 18 de febrero de 1983, cuando el gobierno de Luis Herrera Campíns modifica la paridad cambiaria con respecto al dólar, se abre, paradójicamente, una ventana para los peloteros nacionales, más numerosos y más baratos.

Orlando, hermano mayor por parte de padre y madre, desechó sus dudas iniciales sobre la capacidad de Carlos como pelotero y apoyó la idea de firmar con los Tiburones de La Guaira. Estaba decidido a hacer todo lo posible por convencer a la familia. Un día mientras hablaba con el abogado, Marlon Martínez, amigo de la casa, le comentó la situación de Carlos y éste le explicó que como era su hermano mayor directo y el padre había fallecido, las leyes lo respaldaban como su representante legal. Orlando no lo pensó

más: fue a la casa a contarle a Café, a quien Padrón no lo dejaba entrenar sin contrato.

—Mira, Carlos Martínez, si yo te puedo firmar, ¿tú de verdad vas a jugar pelota?— le preguntó Orlando con una formalidad desconocida.

—Claro, yo quiero jugar beisbol—respondió.

—Yo no voy a coger rolling por ti, a mí no me van a poner a correr por ti. Tú eres el que tienes que hacer todo. Te van a regañar, vas a pasar trabajo. Nada de lagrimeo, usted se va de aquí como un hombre. Si usted quiere ser alguien en ese deporte tiene que trabajar, eso es trabajo, trabajo y más trabajo, nada de rumba—le advirtió, Orlando.

—Sí, está bien, tranquilo que yo lo voy a hacer— respondió Café, venciendo su actitud remolona, retraída.

Orlando le dijo que se vistiera porque en ese mismo momento se iban a Maiquetía a las oficinas de los Tiburones de La Guaira a firmar el contrato. En cuestión de segundos estaba listo y salieron. Al llegar a la oficina, Padrón los hizo pasar inmediatamente, le interesaba el muchacho.

—Padrón, él quiere jugar pelota, ¿cuánto me vas a dar?—preguntó Orlando sin dejarlo decir palabra alguna—. De eso es lo único que tenemos que hablar y firmar porque yo tengo que ir a trabajar.

—Te hubieses traído un abogado—respondió Padrón.

—Para que lo iba a traer si a mí me han dicho que tú eres el que vendes, cobras, te quedas con el vuelto, no das *ñapa* y siempre ganas—replicó Orlando.

Carlos asistía a la conversación sin decir ni una palabra, con la mirada huidiza, hundida en algún rincón de la oficina. Lo único que quería, en verdad, era firmar, no le importaba por cuantos bolívares. Como a Valentín le habían dado 20 mil hacía más de 15 años, Orlando le pidió 40. Padrón, con la astucia que lo caracterizaba, le dijo que su hermano mayor había ido aproximadamente a nueve nacionales y que Carlos apenas venía del primero, que no le podía dar más que a él. La discusión se prolongó por unos minutos, pero al final llegaron a un acuerdo por 20 mil bolívares al igual que a su hermano mayor. Orlando firmó todos los papeles y Padrón le dio el cheque de una vez. Carlos "Café" Martínez, ya era miembro de los Tiburones de La Guaira para la temporada 1982-1983. Tenía 17 años.

Café olvidó ahí mismo que algún día fue fanático de los Leones del Caracas, como se lo impuso su padre. Ahora estaba empezando una relación con el equipo del que más tarde se enamoraría profundamente y por el resto de su vida.

Antes de salir de la oficina, Orlando, le entrega el cheque a Carlos, embargado de felicidad. Abrieron la puerta de la oficina, caminaron por un largo pasillo, de puertas cerradas donde Padrón guardaba pelotas, guantes, bates. Al llegar a las escaleras para salir a la calle, vieron al final del otro extremo del pasillo que iba subiendo Nicasia Martínez, apurada y con cara angustia. Iba a impedir la firma.

Carlos no supo cómo reaccionar, estaba nervioso y feliz a la vez. Quería celebrar con su mamá, pero sabía que ella no estaba de acuerdo.

—¿Qué hiciste?—preguntó Nicasia dirigiéndose a Carlos, y temiendo que la hubiera desobedecido.

—Él no hizo nada mamá, tienes un hijo pelotero profesional, bendición.—respondió Orlando, sin dejar hablar a Carlos y se fue, cruzó la pasarela que

une el centro comercial con el Puerto de La Guaira, para ir a su trabajo. De reojo, vio a su madre y a Carlos parados en la acera, él con cheque del Banco de los Trabajadores de Venezuela en la mano, ella con furia en el rostro.

Carlos Café Martínez, saldría de abajo. Como imaginaba su padre, el hombre que ni siquiera le dio el apellido.

CAPÍTULO II:
LAS TRAMPAS DEL ÉXITO

Eran las cuatro en punto de la tarde del 4 de octubre de 1988 y el avión aún no llegaba. Carlos “Café” Martínez aterrizará en Venezuela convertido en grandeliga. En el aeropuerto de Maiquetía estaba la familia, algunos amigos y vecinos. Y la prensa. Ya no es un novato. Su llegada es un acontecimiento.

La figura esbelta de Café apareció poco después tras los cristales que protegen a los viajeros de quienes los esperan, vestía una franela que le quedaba holgada, *bluejeans* y zapatos deportivos tipo *Jordan.* Traía un cargamento de regalos. Al salir dio declaraciones a los medios y luego se fundió en abrazos con sus familiares, antes de partir al apartamento de su madre.

El taxi que los llevó hasta 10 de Marzo se metió en el estacionamiento del bloque morocho que se encontraba abarrotado de gente para recibirlo. No solo los vecinos estaban ahí, había personas de todas partes de La Guaira.

La cancha deportiva —que hoy lleva su nombre—, ubicada a un costado del estacionamiento, estaba llena de curiosos, aglomerados frente a la cerca perimetral para ver al deportista más destacado de Vargas. Además, sabían que las fiestas que Café hacía al llegar al país eran descomunales, ahora las expectativas eran mayores: era un grandeliga.

Hasta que Café no llegaba al bloque no se había hecho ni comprado nada. Él daba las instrucciones. Aquella tarde encomendó a su hermano Orlando a comprar la bebida, de 25 a 30 cajas de cerveza, y a las mujeres a hacer la comida, desde mondongo hasta arroz a la marinera.

Todos los años traía un equipo de sonido nuevo, cada vez más grande que el anterior, y no permitía que le metieran algún CD que no fuese original en su aparato musical. En seguida puso a sonar la salsa de Héctor Lavoe y Paquito Barón. Mientras esperaba que se alistaran las cosas para la fiesta se dispuso a abrir las maletas. Sacó regalos para todo el que estuviera en el apartamento. Camisas, zapatos, guantines, bates, barajitas, nadie se quedaba sin obsequio.

Cuando empezaba la celebración, en la pequeña sala de cuarenta metros cuadrados, no cabía tanta gente. Se dispersaban por el pequeño pasadizo que lindaba con las escaleras para subir hasta el largo pasillo ocho. El bloque morocho tiene 14 pisos, pero solo tres principales, el 4, el 8 y el 12, atravesados cada uno por un pasillo que recorre de punta a punta el bloque y solo en ellos tienen parada los ascensores. Ese día se bebió tanto que desde el piso siete, donde queda el apartamento, hasta el pasillo del piso ocho se colocaron las cajas de “polarcitas”. La salsa y el merengue sonaron hasta las primeras luces del amanecer. Compartir con su gente lo reconfortaba y además les demostraba que estaba con ellos en las malas y en las buenas.

Un mes antes, el teléfono sonó en el apartamento de los Martínez con una noticia esperada pero sin fecha en el calendario. Omar, el hermano menor, atendió la llamada con la que siempre había soñado, desde que Carlos se hizo pelotero profesional.

— ¡Marico, voy para Grandes Ligas!, escuchó y en un instante supo que era el aullido de su hermano, eufórico.

Eran las 11 de la noche del 30 de agosto de 1988 y Omar despertó a todos en casa para anunciarles que “Carlitos lo había logrado”. Su madre lloró al saber que su hijo, su más grande orgullo, había alcanzado la meta. En el hogar de los Martínez la fiesta comenzó ese día, mucho antes de que Café aterrizara en Maiquetía.

El debut de Carlos Martínez en Grandes Ligas ocurrió el 2 septiembre de 1988 en el estadio de los Indios de Cleveland donde su equipo, Medias Blancas de Chicago, jugaría de visitante. El encuentro estaba fijado para las 7:30 de la noche y desde las cinco de la tarde comenzaron a llegar los espectadores aunque en escasa cantidad: apenas 9 mil, la cuarta parte o menos del aforo del estadio. Pero para Café, en ese partido, ocurrió el mayor de sus triunfos: su debut en Grandes Ligas.

Días antes, al finalizar la temporada de ligas menores con el equipo de la sucursal AA de los Medias Blancas de Chicago, los Barons de Birmingham, en el estado de Alabama, Carlos fue llamado por el manager, Rico Petrocelli —destacado jugador de los años 60 y 70 con los Medias Rojas de Boston—, para decirle que ingresaría al *roster* de los 40 jugadores del equipo grande. En ese momento Café se olvidó de los duros años que había vivido para alcanzar esta meta. Hambre, soledad, lágrimas, esfuerzos y dedicación. Todo desapareció en un instante. Al escuchar a Petrocelli, el mundo se detuvo para él. Lo había logrado.

Café Martínez ya estaba casado, pero su esposa Evelyn González, que desde que se conocieron se mostró constante y comprensiva, no estaba en ese momento con él. Se encontraba en Venezuela porque tenía un mes de haber dado a luz al primero de sus hijos, José Alberto. No tenía a ningún familiar con quien pudiera compartir tanta dicha, pero junto con sus compañeros, las personas más cercanas a él en aquel país que aún le era hostil y extraño, celebró su triunfo. Su hermano, Omar, conserva nítidos los recuerdos. “Al día siguiente, después que Carlos nos avisó que lo habían subido, llegó de Estados Unidos William Magallanes, jugador de los Navegantes del Magallanes, amigo de Carlos y su compañero en el equipo AA de los Medias Blancas. Como era de oriente, esa noche se quedó en casa y nos contó en detalle cómo había sucedido todo”, comentó.

Carlos “Café” Martínez tenía 24 años cuando le anunciaron que se sumaría al equipo principal, habían transcurrido seis años desde que Padrón lo firmo para el profesional. Al incorporarse al equipo, el manager Jim Fregosi lo incluyó en el *line up* —listado de los nueve peloteros que participan al inicio de un partido—. El juego comenzó a las 7:41 de la noche. Chicago contaba con dos venezolanos en la alineación titular: Oswaldo Guillén, octavo al bate y campo corto, y Carlos “Café” Martínez, como noveno bateador y cubriendo la tercera base.

Fue un partido de larga duración, jugaron durante tres horas y 47 minutos, hasta que en la entrada 13, los Indios de Cleveland vencieron 4 a 3. El novato de La Guaira se mantuvo durante todo el juego en el terreno y fue cinco veces a batear. En la cuarta, conectó su primer hit en las Ligas Mayores. Fue uno de los pocos jugadores venezolanos en conectar imparable el día de su debut. Nada mal para alguien que comenzó jugando chapitas en las calles de La Guaira.

Hay un nombre clave en la historia de “Café” Martínez: Fred Ferreira. Un legendario caza talentos, galardonado en 2012 con el premio de scout internacional de la Major League Basseball (MLB), al llegar a cuatro décadas en el oficio y haber firmado, para la fecha, a 61 grandeligas. Ferreira tuvo la oportunidad de observar a Café en el Polideportivo José María Vargas de La Guaira. “No hay manera que me vaya del país sin firmarlo”, confesó al diario *El Nacional*, como su primera impresión al verlo. Logró efectivamente firmarlo para la organización con la que trabajaba en ese momento, los Yankees de Nueva York, el más laureado equipo del beisbol estadounidense.

Carlos “Morocho” Moreno, que trabajaba con Ferreira, es quien lo pone en la pista de Café. “Ese muchacho tenía mucho talento, contaba con las cinco herramientas del beisbol, consistencia, poder, velocidad, buen fildeo y un brazo potente. Fred vino a La Guaira solo a verlo a él y cuando

observó su talento me dijo: ‘vamos a firmarlo que ese muchacho va a ser grande’”, recuerda Moreno.

Fred Ferreira, con su ojo clínico para detectar peloteros, estaba seguro de que Café podría llegar a ser un jugador por encima del promedio. “Era probablemente el mejor jugador que había visto”, confesó al diario *El Nacional*. El porte de Martínez impactaba a la primera mirada: medía 1,95 metros aunque poco musculado. La fuerza de su brazo era asombrosa: en la clasificación del uno al diez, como miden los scouts, era de ocho, en la cual el promedio es cinco y, además, movía el bate con velocidad y poder. Era un diamante en bruto, sin pulir, eso sí.

Su hermano Orlando recuerda con claridad el día del “tryout”. “A Carlos le hicieron la prueba en ese terreno de piedras y arenoso, pero eso no le afectó porque estaba acostumbrado a jugar ahí. Lanzaba tan fuerte que podía sacar la bola del terreno con un lanzamiento, pero en ese momento no controlaba bien el disparo, eso lo fue mejorando con el tiempo”, explica Orlando.

La proyección de Café es comparable con la que años después observarían los expertos en Miguel Cabrera, firmado cuando tan solo tenía 16 años, y quien alcanzó en 2012 la triple corona de bateo, al ser líder en los departamentos de promedio al bate, carreras impulsadas y jonrones, algo no visto en las Grandes Ligas desde el año 1967.

Humberto Acosta, destacado periodista de beisbol, que por más de 30 años ha seguido la pelota nacional y foránea para el diario El Nacional —ahora su firma enriquece las páginas de Meridiano— recuerda el impacto inicial de Café Martínez. “Si quieres encontrar a alguien antes de Cabrera del que se esperara una proyección de tal magnitud, ese era Café Martínez, ni a

Galarraga, ni a Antonio Armas, ni a ninguno se le vislumbraba un talento tan enorme", comenta.

Su impresionante figura y su ágil desplazamiento en el short stop, posición en la que le asignaron desempeñarse, les hicieron pensar a los expertos que tendría más fuerza y alcance que el legendario grandeliga de la década del cuarenta del siglo pasado, Marty Marion, de los Cardenales de San Luis. Algunos se atrevían a decirle que era el "Marty Marion negro". Otros, en cambio, que observaban en él condiciones para jugar baloncesto, para 1986 lo llamaban el Manute Bol del beisbol, en una comparación con el gigante de Sudán que debutó en la NBA —National Basketball Association— en el año 1985. Bol, con sus 2,31 centímetros de elevación, era el más alto en la liga estadounidense de baloncesto. Y lucía aún más flaco que Café.

Con todas esas proyecciones el 17 de noviembre de 1983 los Yankees de Nueva York lo firmaron, supuestamente, a los 18 años, aunque la realidad era que Café tenía 19. Carlos Alberto Martínez nació en La Guaira el 11 de agosto de 1964, pero la partida de nacimiento para la firma del exterior salía como si había nacido en 1965. Orlando, asegura que fue una mentira noble para que tuviese más oportunidad en el exterior. "Cuando lo contrataron los Tiburones tenía 17 años y lo firmamos realmente con esa edad, pero a la hora del contrato en el exterior se hizo una trampita. Como él se había atrasado con la firma para el extranjero e iba para el segundo año con La Guaira ya tenía 19, entonces le quitamos un año para que los Yankees tuvieran más interés en él", confesó Orlando.

Café se aventuró a firmar el contrato con esa trampita tan vernácula porque deseaba probar su talento, y estaba decidido a correr el riesgo de que descubrieran la falsedad. Ferreira lo firmó como campo corto, convencido de que esa era la posición ideal para él, por el brazo y la agilidad que poseía. Sin embargo, durante dos años no estuvieron seguros de que el

espigado joven pudiera desarrollarse en esta posición, pensaron en convertirlo en lanzador. Pero un hecho fortuito, imprevisto, vino a enrumbar a Café: en mitad de la temporada del año 1985, el campo corto regular del equipo de Fort Lauderdale, clase A de los Yanquis, Chris Maynard, se fracturó una pierna, lo que acabaría para siempre con su carrera como pelotero profesional. Café suplió con éxito la ausencia de Maynard el resto de la campaña, y al final obtuvo .248 de promedio, una marca respetable. Prometedora.

Las proyecciones se renovaron: en un par de años lo veían como el campo corto del equipo grande. “El presidente de los Medias Blancas (Eddie Einorn vino a ver jugar a Guillén, me vio a mí y trató de firmarme”, confesó el prospecto de 21 años para entonces, al diario *El Nacional* tras terminar la temporada 1985-1986 en Venezuela, en la que su equipo los Tiburones de La Guaira obtuvo el campeonato y representó al país en la Serie del Caribe. Café jugó pocos juegos en esa campaña: logró tomar 55 turnos al bate y bateó 11 hits.

Durante esa temporada Café se incorporó de llenó a la llamada “Guerrilla”, remoquete con el que se identificó a una generación de peloteros muy exitosa en la vida de los Tiburones, y cuyas figuras principales fueron Oswaldo Guillén, Alfredo Pedrique, Luis Salazar, Gustavo Polidor, Norman Carrasco, Raúl Pérez Tovar, todos grandes ligas menos los dos últimos. El término “Guerrilla” se aplicaba, de acuerdo a la mayoría de consultados, para destacar el espíritu aguerrido de aquel grupo de peloteros; para otros, los menos, hacía referencia a un grupo rebelde e incontrolable, que igual luchaba en el terreno como se enfrascaba en grescas en el *dugout* —cueva en la cual los peloteros que no están en el campo y el cuerpo técnico permanecen mientras se desarrolla el juego—. “Jugaban sin firmar contrato, si se lesionaban después veían que hacían, salían al campo como si iban a una batalla, sin pensar en más nada, solo en darle el triunfo al equipo”,

cuenta José Monzón, ex jugador de los Tiburones de La Guaira y actual coach del equipo.

Café era aún un novato en los Tiburones, pero logró una hazaña inédita durante el penúltimo partido de la Serie del Caribe contra República Dominicana en el estadio Luis Aparicio “El Grande” de Maracaibo que subió sus galones en aquel grupo heterodoxo. La historia es así: las figuras del equipo, incluyendo a los refuerzos importados, mantenían una agría discusión con Padrón por el pago extra de la Serie del Caribe. Una parte de ellos, en su fiel estilo de guerrilla, decidió no salir a jugar aquella noche y Padrón tuvo que echar mano de sus novatos. Así, sin esperarlo, Café Martínez apareció en el line up como short stop del equipo. Fue una noche, que aún hoy, casi 30 años después, es recordada por los beisboleros como espectacular y aún más inusual.

En entradas sucesivas, Café logró fabricar tres jugadas de doble play —dos outs con el mismo batazo— y además sin asistencia. Las tres jugadas fueron calcadas, como sólo cabría imaginar en un sueño: Café tomó los batazos en el short, fuertes roletazos hacia su dirección, corrió y pisó la segunda base, para lograr el primer out, y luegó lanzó a primera base para completar la jugada. Pero además bateó un doble y un sencillo durante el juego. “Yo vi ese juego desde el dugout y eso que hizo mi hermano fue impresionante, ahí fue cuando Carlos ‘Café’ Martínez se dio a conocer y se ganó el respeto de muchos”, rememora su hermano Guayoyo, también ex jugador de los Tiburones de La Guaira.

Esa fue la primera vez que el periodista Humberto Acosta recuerda haberlo visto jugar. Luego de ese partido Café no volvió a ser el mismo de antes. “Aunque ya se hablaba mucho de su proyección, no podía ser titular del equipo por las figuras que tenían los Tiburones. Esa noche lo colocaron en el short stop y era increíble ver a ese muchachito con un

tamaño nada usual para la posición y con un brazo tan potente. Yo quedé impresionado", explicó.

Al volver a los Estados Unidos para la campaña de 1986 es ascendido a la sucursal AA de los Yankees, pero a finales del mes de julio, coincidiendo con su mejor momento, la organización realiza unos cambios en los que se encuentra incluido Carlos Martínez. Los Medias Blancas de Chicago consiguen obtener a Café además de Ron Hassey y más tarde a Bill Lindsey, por Ron Kittle, Joel Skinner y Tolleson Wayne. A punto de finalizar la temporada, en octubre, Martínez se proyectaba como el prospecto número uno para pelear el puesto con su compatriota Oswaldo Guillén, por el campo corto del equipo. "Como lo envidio. Es el novato número uno de la organización. El mimado. Todo el mundo habla de él", dijo Guillén al diario *El Nacional* en su llegada a Venezuela, poco antes de comenzar la temporada 86-87 del beisbol nacional. Ambos jugaban en la misma posición, el campo corto, y para las mismas organizaciones, en Venezuela para los Tiburones de La Guaira y en el exterior para los Medias Blancas de Chicago.

Café participó constantemente con los Tiburones en la temporada 86-87, por lo general en la tercera base. Logró un promedio de .282 y se convirtió en una figura descollante de la Guerrilla, el último del clan. A principios de febrero regresa a su equipo de la sucursal AAA de los Medias Blancas de Chicago —Hawaii Islanders— con sede en Hawái, a solo un peldaño de llegar a las grandes ligas. Un inconveniente familiar interrumpiría el desarrollo de su temporada. Su esposa, Evelyn González, había quedado embarazada de su primer bebé y a los seis meses de embarazo pierde a la niña.

Evelyn, que tenía apenas un año de casada con Café, recuerda que la pérdida de su primera hija fue un momento muy duro para ambos. "Cuando Carlos llama a Venezuela y le avisan que perdí a la bebé se puso muy mal,

estaba emocionado por el embarazo. Pidió permiso y se vino en un vuelo directo desde Hawái hasta aquí. Pasó un día entero volando para estar conmigo". Pasó unos días con su esposa y al comunicarse con su organización para anunciar su regreso, se entera de que los Medias Blancas habían decidido enviarlo de nuevo a la sucursal AA —Barons de Birmingham—. Café hizo lo inesperado: se negó a acceder a las imposiciones del equipo y se quedó en Venezuela durante todo el mes de agosto, sin importarle las consecuencias. El 30 de agosto de 1987, mientras se encontraba en el estadio Cesar Nieves de Catia la Mar, en La Guaira, dijo al diario El Nacional: "En realidad me disgustó mucho que me bajaran. En AAA estábamos en el sótano, y de repente me manifestaron que debía ir a AA. Hablé con ellos y les dije que prefería quedarme en mi país, que me cambiaran a otro equipo, y me dejaron libre".

Lo salvó su agente en los Estados Unidos que llegó a un acuerdo con la organización de las Medias Blancas y Café regresó al equipo en la temporada de 1988, destinado, eso sí, a la sucursal AA. Allí bateó para .277 y sacó 14 pelotas del parque. A pesar de su rebeldía, en septiembre de ese año, alcanzó lo que todos quieren pero pocos logran: ser subido a Grandes Ligas.

Regresa a Venezuela y el primer día de la temporada 88-89 ya estaba uniformado para jugar con los Tiburones. Sería el año de su consagración en la pelota nacional. Café sacó a relucir todo el potencial extraordinario que se le auguraba. Logró alcanzar el título de bateo de la temporada, al conectar para promedio de .331 y despachar 7 jonrones. Estaba en su mejor momento.

Además, tenía una buena relación con los demás compañeros del equipo de la pelota nacional. Buscaban de encaminarlo a pesar de su rebeldía. "Al principio creímos que era un pelotero *perro caliente* —término

que se le adjudica a los peloteros que aparentan ser los mejores en el campo y en realidad están por debajo del promedio—, pero realmente era muy echador de broma. Aunque no lo crean era respetuoso, siempre tratamos de ayudarlo en su crecimiento", dijo Alfredo Pedrique, figura de la Guerrilla, ex grandeliga y actual manager del equipo Caribes de Anzoátegui de la LBVP.

Mientras Café crecía como pelotero, los Tiburones entraban en una etapa de declive que se ha mantenido por más de 25 años, como lo explica el periodista Ignacio Serrano. "Los Tiburones de La Guaira eran un equipo con una trayectoria increíble, habían sido eliminados solo tres veces en su historia y mantenían una constante desde finales de los 60 que se fue generando de Ángel Bravo a Enzo Hernández, luego a Luis Salazar, de Salazar a Polidor, después a Guillén hasta que llega a Café a finales de los 80. Fue el último y la única figura que quedó en el equipo", explicó.

Desde finales de los 80 y durante los años 90 Café fue el capitán y el emblema del equipo. Se reportaba en septiembre a los entrenamientos, algo inusual en los peloteros grandeligas, y el primer día de la temporada entraba en juego. Las grandes figuras decayeron o dejaron de jugar en el país y Café nunca faltó. Se convirtió en el líder. José Monzón lo atestigua: "Después de la "Guerrilla" definitivamente Café tenía el liderazgo, lo que él decía era lo que todos los demás hacíamos. Nos hablaba a su manera, con su carácter y su forma de ser, era aguerrido, pero un buen muchacho, se dedicaba íntegro al juego y daba su 100% siempre", aseguró.

A la generación de la guerrilla la sucedió la generación "salserín" o las "sardinitas". Los Tiburones de La Guaira vivían la peor época de su historia y cómo dice Guayoyo, Café quedó "como el hombre de la batuta". Para la mayoría de los fanáticos de los Tiburones, "Café" Martínez era "el dios del equipo", el mejor jugador de la divisa. En cambio para los aficionados del resto de los equipos contrarios era el más odiado. Desde la tribuna le

gritaban insultos que Café no toleraba. Su hermano Omar asegura que él, Orlando y algunos amigos se distribuían por las tribunas del estadio para defender a Carlos de las personas que se metieran con él. “Salía al campo, nos ubicaba en la tribuna y si alguien insultaba a mí mamá, que muchas veces estaba en el estadio viéndolo jugar, él solo silbaba y nos señalaba quién había sido y se armaban aquellas peleas”, dijo.

En algunas ocasiones el propio Café llegó a discutir con los espectadores. Tenía un carácter indomable. La gente lo tildaba de mala conducta, pero quienes lo defienden aseguran que le disgustaban las injusticias y defendía a los suyos sin importarle las consecuencias. “Morocho” Moreno afirma que era innegable el poder que Café tenía en el equipo. “El mejor jugador que nosotros teníamos era Café. El líder del equipo era él, por sus condiciones y sobre todo por como jugaba la pelota, la jugaba con amor. Cada vez que él llegaba al terreno era a buscar de ganar, les reclamaba a los demás jugadores para que trabajaran con pasión”, destacó.

Esa pasión por el equipo, por la camiseta, fue transmitida por Padrón Panza que les enseñaba a sus jugadores a respetar la divisa, a quererla. “Para nosotros Padrón fue más que el dueño del equipo, creo que toda persona que lo conoció aprendió de él”, dijo Morocho Moreno. Pero Padrón aunque enseñó a sus jugadores a convivir como un equipo unido y los trataba con confianza, respeto y dedicación, demostraba un cariño especial por Café. Además de saber que tenía un talento excepcional y que trabajaba con entrega, lo que más lo inclinaba hacia él era que había nacido en La Guaira. “Cuando a Padrón le gustaba mucho un jugador no se lo quitaba nadie de la boca, él fue el que dio a conocer a Café”, explica Héctor Cordido, locutor del circuito radial de los Tiburones de La Guaira.

El periodista Carlos Bautista Romero comenta que a Café lo benefició la relación tan cercana y franca que tenía con Padrón, quien siempre decía

que lo ayudaran, que no lo destruyeran. A pesar de su carácter indócil se mantuvo toda su carrera con los Tiburones, jamás utilizó otra camiseta, salvo cuando lo tomaban de refuerzo otros equipos, “Padrón era la única persona que lo podía tolerar, porque de verdad le tenía aprecio”, asevera Bautista Romero.

Cuando Café se casó con su esposa Evelyn González en 1986, Padrón fue quien les pagó la noche de luna de miel en el Hotel Macuto Sheraton y les prestó un apartamento en Los Corales —estado Vargas—, mientras podían comprar uno propio. “Padrón y Carlos se querían mucho, pero también peleaban a la hora de discutir contrato, Carlos de la rabia hasta le partía el vidrio de la oficina”, comenta Evelyn.

Padrón discutía los contratos anuales con todos los miembros del equipo, incluido el cuerpo técnico. Café era el que más se le enfrentaba, le molestaba que jugaba desde el primer día y Padrón no le daba lo que él creía necesario. “Lo que más irritaba a Café era que a los importados les pagaba en dólares, les daba todo lo que pidieran, y a nosotros siempre nos tenía una excusa”, explica Morocho Moreno.

Sin embargo, esas discusiones jamás quebrantaron su amistad, incluso cuando Padrón se enferma y más tarde muere en 1995, quien da la cara por los Tiburones de La Guaira es Café. Así lo explica Ignacio Serrano. “Todo lo que pasa con el equipo y luego con Padrón hace que Café se convierta en la representación de los Tiburones y le permite crear un lazo muy sólido con la afición que, a medida que fue pasando el tiempo, se consolidó aún más”, resaltó.

Café fue líder en los Tiburones pero nunca alcanzó la estabilidad deseada en las grandes ligas. En los Medias Blancas de Chicago pasó de jugar en tercera base a la primera y de ahí a defender los jardines, una posición extraña para quien siempre se había desempeñado en el campo

interior. El 23 de febrero de 1991 le llegó la noticia más aciaga: los Medias Blancas lo dejan libre al negarse a ir a las menores. Nuevos jugadores podían suplirlo y estaban bateando más. Además ya le habían tolerado diferentes problemas fuera del terreno, que en pocas ocasiones los equipos aceptan.

Café se negó en varias oportunidades a cumplir órdenes que le imponía su organización. Pero nada tan grave como lo que ocurrió la noche del 20 de enero de 1990. Los Tiburones de La Guaira jugaban contra los Leones del Caracas en el Estadio Universitario. Café había ido ese día en compañía de dos amigos, llegó al estacionamiento de peloteros y se dirigió al estadio por la entrada preferencial, solo para los trabajadores de los equipos y prensa. Intentó pasar con sus amigos al estadio, pero el vigilante Homero Herrera se lo impidió y se desató una discusión airada que terminó con un empujón por parte de Café al vigilante. Justo al lado de esa entrada se encuentra una garita en la cual los porteros guardan sus cosas. Herrera entró ahí y sacó un bate para defenderse. Café intentó quitarle el bate en medio de un forcejeo y lo aprisionó contra la cerca. En ese momento llegaron tres personas que se encontraban alrededor y los separaron. Café se dirigió al dugout y más tarde participó en el juego sin ninguna clase de incidentes, aunque durante el partido colocaron en la pizarra cintillos acusándolo por lo sucedido.

Al terminar el juego, alrededor de las diez y media de la noche, luego que Carlos sale del dugout, el vigilante estaba esperándolo con funcionarios de la policía para que se lo llevaran detenido por intento de agresión. Los Tiburones de La Guaira le brindaron el apoyo y Los Medias Blancas de Chicago le enviaron a los abogados Jaime Torres y Luis Lugo Cordero, para que estuvieran con él en su defensa. Homero Herrera acusó a Carlos “Café” Martínez de homicidio frustrado y según los familiares del pelotero, Herrera y su abogado, Luis Naranjo, llamaron varias veces a Café para resolver el

inconveniente por alguna cantidad de dinero, a lo que Carlos se negó en todas las oportunidades. Café explicaría su posición al diario *Meridiano* el 27 de enero, siete días después del incidente, mientras estaba detenido en la comisaría de Santa Mónica. "Desde el primer día se habló de ese particular —arreglo monetario— Pero yo no tengo nada que temer y me pongo en manos de la justicia porque no soy policía ni investigador. La justicia dirá quién tiene la razón", dijo.

El 3 de febrero *El Nacional* publicó una nota de un medio de Chicago —Chicago-Sun Times— en la que se afirma que el equipo de los Medias Blancas respaldaba a su jugador Carlos Martínez. "Los periódicos de allá (Caracas) están diciendo que no estamos con él, que estamos por mandarlo a las menores. Yo nunca dije eso. Yo estoy con él", declaró el entonces gerente general de las Medias Blancas de Chicago, Larry Himes, al diario estadounidense.

La jueza penal Ibeliz Durán le otorga los permisos para viajar a Chicago el 14 de febrero de 1990, pero para el 15 de julio debía volver a Venezuela para la lectura de cargos por el tribunal. El proceso se prolonga hasta noviembre de 1990, cuando Café es declarado inocente de la acusación. Liberado de ese asunto engorroso, Café Martínez se volvería a enganchar en otro problema. Esta vez con el árbitro Francisco Ramírez, a quien Café habría insultado durante un juego en el Universitario. Ramírez pidió su expulsión de la LVBP durante la temporada. "Eso no pasó a mayores, Carlos tenía problemas con los árbitros todos los días, solo que esa vez tuvo más furor por lo que había pasado con el vigilante", explica su hermano Omar.

Pero los problemas judiciales y legales no llegaban a su fin. A mediados de 1994, Carlos "Café" Martínez estuvo detenido en el Retén de Los Flores de Catia durante dos semanas. Acababa de comprarse una

camioneta Blazer último modelo y fue a buscar a su esposa en una confitería en Pariata, —Maiquetía—. Una cuadra antes de llegar al lugar, un camionero lo chocó. Su rabia se desató y agarró al conductor por el cuello y empezó a pelear con él. Evelyn llegó para evitar la pelea pero sus esfuerzos fueron inútiles. La policía y se lo llevó detenido. Sus antecedentes de estar involucrado en otros hechos violentos lo convirtieron en figura predilecta para la polémica y el escándalo. “Mientras estuvo ahí teníamos que llevarle comida diaria para él, los policías y los amigos que hizo, yo me tenía que parar a las 4 de la mañana a preparar las bandejas”, comenta Evelyn.

Era el Café impredecible, para lo bueno y para lo malo. Tan amiguero como irascible. La prensa venezolana lo tenía en la mira desde el incidente con el vigilante del Universitario. Una relación que, con el tiempo, se haría cada vez más agria y distante. “La primera vez que intenté acercarme a Café Martínez me tildó de periodista *pajuo* y *cuchillero*, sin yo haberle hecho nada”, explica Ignacio Serrano. “No quiero civiles aquí”, le dijo a Héctor Cordido una vez que se acercaba al dugout cuando aún era un novato. Café, con todo lo que se había escrito sobre él, pensaba que los periodistas servían solo para destruir al deportista.

Era una actitud defensiva, luego, al tratar a algunos periodistas, se volvía más dócil. El periodista Carlos Figueroa Ruiz asegura haberlo entrevistado en su casa y haber compartido con su madre y demás familiares. “No le gustaba hablar con los periodistas, pero yo era unos de los pocos que él atendía, porque cultivamos una amistad desde que era un novato y jugaba para los Yankees”, dijo. Pero Café era más que rebelde, al convertirse en grandeliga, comienza una vida de fiestas y derroches que, en principio, parecía que no le afectaban, pero lo iban minando más rápido de lo que imaginó. “Las rumbas nocturnas que agarraba Café en Estados Unidos eran muy seguidas, un pelotero no puede mantenerse en buen estado físico para estar en el campo al día siguiente con esas salidas. O es la rumba o el

beisbol”, comenta Figueroa Ruiz, al recordar una de las veces que compartió con Café en Estados Unidos.

Dos meses después que los Medias Blancas de Chicago deciden dejarlo libre, los Indios de Cleveland lo firman el 4 de abril de 1991. En un principio lo envían a su sucursal AA —Canton-Akron— para observarlo, pero en cuestión de dos meses estaba en el equipo grande y como cuarto bate. “Bueno, nunca había estado como cuarto bate en Grandes Ligas, pero esta gente sabe muy bien qué clase de trabajo puedo hacer, y aquí estoy”, dijo Café al diario *El Nacional* el 24 de julio de 1991. Vivía el mejor momento de su carrera como pelotero, que se certifica el 19 de enero de 1993 cuando firma un contrato para los Indios de Cleveland por un millón trescientos mil dólares, para jugar las próximas dos temporadas.

Al estar como el cuarto bate de la partida, Café creía que a partir de ese momento se consolidaría como grandeliga. Realmente fueron buenos años para él en lo que respecta al beisbol y a su disfrute personal.

Una vez, al comenzar una serie con los Yankees en Nueva York, llegaron de sorpresa dos amigos de la infancia a visitarlo, Gregory Arteaga y Alexis Jaspe. Mientras se encontraba calentando, para el primer juego de la serie, escuchó unos silbidos familiares y voces latinas que lo llamaban. Al darse cuenta de quienes eran se emocionó tanto que también empezó a gritarles de alegría, aunque ambos amigos tenían chaquetas y gorras de los Yankees.

Gregory y Alexis habían llegado al estadio con las maletas, al final del juego Café los mandó a buscar y los llevó al dugout para que conocieran el lugar y después junto con su compañero de equipo, el puertorriqueño Carlos Baegra, salieron a bailar con unas amigas. “Durante ese viaje nosotros prácticamente no dormimos. La habitación del hotel solo la utilizamos para dejar las maletas y para cambiarnos de ropa”, recuerda Gregory. Además

asegura que Café después que pasaba toda la noche de baile, a las 10 de la mañana ya estaba listo para irse a la práctica en el estadio.

Gregory que había sido uno de sus compañeros hípicos durante su juventud, afirma que cuando Café no se iba de rumba se dedicaba al vicio que arrastraba desde la adolescencia, las carreras de caballos. Mientras vivía en Cleveland, Carlos desayunaba en las mañanas en su casa, pasaba por una bomba de gasolina que quedaba cerca y compraba una guía hípica diaria, de ahí se iba directo al hipódromo hasta que le llegaba la hora de ir al estadio a entrenar para el juego del día. Esa era su rutina diaria, a la que dedicó demasiado tiempo y dinero incuantificable. A medida que ganaba, aumentaba más el vicio. Se hizo amigo de jinetes reconocidos en Venezuela, como Daniel Centeno y Rafael Torrealba, éste último es el padrino de bautizo de Teodoro, su segundo hijo. En sus regresos al país, incorporaría a su cargamento de regalos, fuetes, lentes y botas para sus panas jinetes. “Si Carlos no hubiera sacado ese tamaño estoy seguro que hubiese sido jinete”, comenta su padrino de bautizo, Cesar Aponte.

Durante la temporada en Venezuela su obsesión hípica se volvía enfermiza, compulsiva, incontrolable. Se iba a las cinco de la mañana al Hipódromo de La Rinconada, veía los traqueos, sin perder detalle y tomando notas en la gaceta, volvía a La Guaira alrededor de las 9 de la mañana, dormía un rato e iba de nuevo a Caracas para los juegos en el Universitario. “No era que le gustaban los caballos, era que los amaba”, comenta su hermano Omar, mientras agarra la Gaceta Hípica. “A mí quien me metió en esto fue Carlos, cuando yo tenía 13 o 14 años iba al hipódromo con él, a casinos o a lugares como este (*El Cordialito*, casa de apuestas), en todos pasaba a pesar de ser menor de edad porque iba con Café Martínez”.

Nadie en esos lugares rechazaba a un cliente como Café. Además de famoso era generoso en el gasto: podía disponer en media mañana de 10 millones de bolívares. “No teníamos ni casa propia, yo me tuve que mover y

ahorrar escondida para poder comprarles una casa a nuestros hijos", recuerda su esposa Evelyn.

Carlos consiguió fama y dinero de la noche a la mañana, ya no tenía que pedir prestado o embolsar en los supermercados para apostar en las carreras de caballo, ahora podía darse el lujo de derrochar en lo que más le gustaba, aunque eso le trajera consecuencias. "Yo era la de la casa y las amantes eran las que iban al hipódromo o al universitario. En los estadios de Grandes Ligas sí pasaba solo yo como su esposa, pero aquí era un relajo", comenta Evelyn.

Esa vida de rebeldías, fiestas, mujeres y derroche se vio reflejada muy pronto en su quehacer peloteril. Por un contratiempo que tuvo con el manager del equipo, Mike Hargrove, en abril de 1994, Café es dejado libre por los Indios de Cleveland, a pesar de que aún le faltaba un año por jugar, según el contrato. Regresa a Venezuela y no ve acción en las Grandes Ligas. En septiembre se incorporó desde el primer día en los entrenamientos con los Tiburones de La Guaira para la temporada 94-95, y a pesar de la larga inactividad, logra un muy alto promedio de .363 al conectar 75 hits en 215 turnos, el mejor promedio en su carrera en la liga. Se hizo ganador de los premios Productor del año, Regreso del Año y Guante de Oro que otorga la LVBP.

El 28 de diciembre de 1994 es firmado por Los Angelinos de California —actuales Angelinos de los Ángeles de Anaheim— para la siguiente temporada. Al principio es enviado a la sucursal AAA —Vancouver Canadians— y más tarde hace su aparición con el equipo grande. Pero va a durar poco: consume 59 turnos, batea solo 11 hits y el 20 de julio hace su última aparición en el beisbol de las mayores. Fue un juego amargo para el guaireño: falló las dos veces que fue a batear, para dejar su promedio en ese momento en .180. Una cifra irrisoria para su talento.

Al final de su breve etapa en el denominado mejor beisbol del mundo, en poco más de siete años, Carlos “Café” Martínez dejó .258 de promedio, con 1485 turnos al bate, 386 hits, 25 jonrones y 161 carreras impulsadas. A pesar de quedarse sin contrato en Estados Unidos.

Café regresa a Venezuela para la temporada 95-96 con el mismo ánimo de siempre. Repitió el galardón de Productor del año con un promedio de .272 al lograr 37 carreras impulsadas en 217 turnos. No logra, sin embargo, obtener un contrato para volver a las Grandes Ligas. Tiene 31 años, la edad de la madurez en el beisbol pero hay claros síntomas de declive deportivo. Consigue un contrato para participar en la Liga Mexicana de Beisbol (LMB) —afiliada a las ligas menores de los Estados Unidos como categoría AAA— con el equipo de los Petroleros de Poza Rica, ciudad ubicada al norte del estado de Veracruz, para la temporada de 1996. Logra en 128 turnos un promedio de .282, bajo en una liga de bateadores. El cuerpo le empieza a enviar señales de agotamiento. De México regresa con flebitis —inflamación de las venas— en el brazo derecho. Le colocaron tanta penicilina que llegó un momento que su organismo no la asimilaba.

En la temporada 96-97 jugó con muchas limitaciones: solo tomó 86 turnos al bate, a diferencia de los 217 del año anterior. Sin embargo, daría mucho de qué hablar su actuación de uno de los pocos juegos en los que participó. Los Tiburones de La Guaira jugaban una serie con los Leones del Caracas. En el primer juego Ugueth Urbina, pitcher del equipo contrario, ponchó a Café y cuando este se iba de regreso al dugout, Urbina le hizo una seña de burla. Sus compañeros en seguida le comentaron a Café lo que había sucedido “¿Qué se cree este novato? Ya verá”, exclamó Martínez frente a todos sus compañeros.

Al día siguiente, en el segundo juego de la serie, Café llevó a su hijo mayor, José “Cafecito” Martínez, actual jugador de los Tiburones de La

Guaira, al estadio Universitario. Durante los entrenamientos se acercó con él y con el pelotero Alex Cabrera al jardín izquierdo, donde Urbina se encontraba calentando y le reclamó lo sucedido en el juego anterior. Ambos rebeldes y díscolos, ninguno dio su brazo a torcer. Para finalizar la conversación, Café se puso de rodillas ante Urbina y le juró que la próxima vez que le pichara se la sacaría de jonrón. El lanzador lo tomó nuevamente como una burla y siguió en su entrenamiento.

Esa noche se presentó el escenario. Urbina salió como cerrador del partido y a Café le llegó su turno. El pitcher se colocó en posición de lanzar, lo miró fijamente a los ojos y tiró una recta que fue casi imposible de ver, pero Café mandó la pelota a las gradas. “Metió el jonrón más descomunal de su vida”, recuerda Cafecito, quince años después, todavía con cara de impresión. Café inició la vuelta al diamante y mientras le gritaba a Urbina. Cuando llegó a la primera base, empezó a correr de espaldas a segunda y luego siguió celebrando hasta llegar al home, donde se quitó la camisa. Urbina se quedó en blanco, no podía creer lo sucedido. No dijo palabra alguna, no replicó. Tiempo después de aquel episodio, él y Café iniciaron una amistad que perduró con el tiempo.

Café siguió participando en el equipo los días que podía. Se había enfermado ahora de una amigdalitis que se volvió resistente. Como la penicilina ya no le hacía efecto, él médico decidió recetarle Gentalyn —antibiótico para las infecciones—, pero un día mientras le inyectaban el medicamento en su casa se desmayó. En seguida lo trasladaron a la Clínica Victoria Coraggio en Macuto, —actual Clínica Siempre— y mientras lo estabilizaban le hicieron exámenes de sangre. “Carlos había perdido peso muy rápido, no era normal. Los exámenes arrojaron que tenía 3500 glóbulos blancos, tenía las defensas muy bajas”, recuerda su hermana mayor Felicia, que al igual que su madre, también estudió enfermería.

Lo de Café no era cualquier cosa. Comenzaba su calvario.

CAPÍTULO III:
DÍAS DE PERDÓN

La cama tamaño *king* en la que estaba postrado ocupaba todo el espacio de la pequeña habitación. A su lado la bomba de oxigeno lo ayudaba a respirar. La mascarilla, que le cubría casi toda la cara, le molestaba, pero sin ella se ahogaba. Apenas podía hablar.

Habían pasado cinco días desde que Café volvió del hospital, era el domingo 22 de enero de 2006 y su esposa, Evelyn —aunque tenían alrededor de nueve años sin vivir juntos nunca habían deshecho su unión formal— había ido a llevarle a los niños. También fue Pamela Gómez, la madre de su única hija hembra, para que la niña viera a su padre, además estuvieron ahí otros hermanos y sobrinos. Ese día cumplía años Ronald, el hijo mayor de Adriana, su hermana menor, que para ese entonces vivía en el apartamento. Mientras estaban todos reunidos en la sala, Café hizo sonar en su cuarto una campanita que su hermana le había dado para que la usara cuando necesitara algo. Adriana la oyó y se dirigió a la habitación.

—¿Tú le hiciste una torta a ese niño?— preguntó Café, luego de quitarse la mascarilla, con una voz que era un murmullo.

—No Carlos, aquí no estamos para torta— respondió Adriana.

—¿Cómo que no, chica? Cómprale su torta, los niños siempre esperan al menos una torta en su cumpleaños— replicó, mientras tosía—. Agarra real, que tú sabes dónde están y le compras la torta y unos refrescos.

Adriana, obediente, fue a comprar las cosas para el cumpleaños y trajo además una caja de cerveza para los adultos que estaban en el apartamento. Café, al darse cuenta que su hermana había comprado cervezas, sonó una vez más la campana.

—¿Quién te dijo a ti que compraras cervezas?— preguntó, con cara de piedra, enojado.

—Las compré porque tus mujeres están aquí— replicó Adriana.

—Yo no te mandé a ti a sacar real para comprar cerveza, abusadora— le dijo—. Hazme el favor y pica la torta.

Café apenas probó la torta y luego llamó a su hijo Teodoro, de 13 años, quería hablar con él. Como tenía la voz tan frágil el niño no lo escuchaba. Insistió en decir su nombre varias veces, hasta que llegó un momento que se molestó y gritó "*mamaguevo* ven acá". Pero la que entró en la habitación fue Evelyn hecha una furia, molesta con la grosería de Café. Discutieron y luego ella se marchó con sus tres hijos. Fue la última vez que riñeron.

Se habían conocido a finales de 1985 en Maiquetía, en el Centro Comercial Litoral y, aunque a Café luego de firmar con los Tiburones nunca le faltaron las mujeres, le propuso matrimonio apenas unos meses después. Se casaron el 2 de septiembre de 1986, en la jefatura civil de La Guaira, a las tres de la tarde. Fue un matrimonio apresurado. Él acababa de volver de Estados Unidos y seguía impactado con ella. Evelyn González era una mujer alta, blanca, con el cabello liso muy fino de color castaño y de buen cuerpo. A él, hombre de la calle y mujeriego como su padre, lo que más llamaba la atención era que le demostraba ser una persona decente. Evelyn acababa de cumplir 17 años.

La boda eclesiástica la celebraron un par de meses después: el 22 de noviembre, en la Iglesia San Bartolomé de Macuto. La fiesta fue en el Club Canarias, a unas cuadras del templo. En febrero, luego de la Serie del Caribe, la última que ganaran los Tiburones de La Guaira, se fueron de luna

de miel a Sarasota, Florida, donde se desarrollaban los entrenamientos primaverales.

Evelyn recuerda aquellos días como perfectos, de pura felicidad. Carlos era “un hombre detallista, amoroso, quería todo lo mejor para mí y para los niños que nacieron después”, recuerda y le brilla la nostalgia en los ojos. El 25 de julio de 1988 nació José Alberto, el primer hijo de la pareja. Luego de la pérdida de su primera niña en 1987, Café veía como un milagro a su hijo. En poco más de un mes después debutó en Grandes Ligas. Era un año redondo, los sueños se estaban realizando, cada a uno a su tiempo. “A los ocho meses de nacido me llevé a José Alberto a Chicago. Fui sin maletas, Carlos nos había comprado de todo, recuerdo que hasta la cama me la llenó de pétalos de rosas”, cuenta Evelyn.

Cordial y amoroso con su esposa, Café nunca olvidó a su familia, los ayudaba en todo, nunca les faltó nada mientras él dispuso de los recursos. Luego de convertirse en grandeliga mandó a transformar el apartamento de su madre, quien siempre se opuso a que le comprara otra vivienda porque ese apartamento, que con tanto esfuerzo logró adquirir, era la herencia para sus hijos.

Pero los nubarrones estaban a la vuelta de la esquina. La vida matrimonial empezó a resquebrajarse en la misma medida que Café se convertía en una estrella. Demasiado rápido, lo uno y lo otro. El dinero y la fama lo hizo apetecible para muchas mujeres, las salidas nocturnas fueron cada vez más frecuentes. “Si Carlos llegaba temprano yo tenía que hacer una raya en el cielo, bueno, si era que llegaba, porque ese se iba por ahí con cualquiera”, recuerda Evelyn.

A principios del año 1993, mientras Café pertenecía a la organización de los Indios de Cleveland, le nace un niño fuera del matrimonio, Michel. “Ese año Evelyn no viajó a Estados Unidos y Carlitos me pidió que yo fuera

para que le bautizara al niño. Lo tuvo con una gringa que vivía en un pueblito a dos horas de la ciudad de Cleveland", revela Adriana, que siempre fue su alcahueta.

Meses antes, el 16 de marzo 1992, Evelyn había dado a luz a Teodoro Ignacio, el segundo hijo de la pareja. Café en menos de un año había tenido dos niños con dos mujeres distintas. A pesar de las reincidencias constantes, el matrimonio seguía en pie y en abril de 1994 tuvieron a su tercer hijo, Carlos Daniel. Justo cuando la unión parecía que mejoraría con la llegada del nuevo miembro de la familia, Café lo volvió a hacer. En diciembre de 1994 nació Paola, fruto de una relación extramarital con Pamela Gómez, a quien había conocido en La Guaira a finales de 1992, cuando Pamela tenía 14 años. A los meses iniciaron una relación. "Carlos fue mi primer novio, él ya era grandeliga y estaba casado. Por cosas del destino dos años después tuve a Paola, tenía 16 años", dice Pamela, que ahora, sentada con las piernas cruzadas y con su ropa de muchachita, parece hermana de su hija. Es morena, delgada y el cabello negro le llega hasta la cintura. "Él como que se enamoró de ella, era una *carajita* y tenía aquel cuerpito", comenta Evelyn, que una vez más le perdonó la falta a su esposo.

Nicasia, la madre de Café, jamás toleró la situación, a pesar de no tener una relación fluida con Evelyn, le prohibió a su hijo que llevara a otra mujer a su casa. Pero a Nicasia le restaba poco de vida: el 12 de mayo de 1994 le diagnosticaron un cáncer terminal. Café se encontraba en Venezuela, porque los Indios de Cleveland lo habían dejado en libertad. Cuando supo lo que sucedía con su madre se desvaneció en el piso de la clínica La Floresta, en Caracas. Lloraba como un niño, gritaba que él tenía los medios para que la trataran en ese reconocido centro médico hasta que la curaran. Se negaba a llevarla a su casa, cuando ya la medicina había agotado las posibilidades de salvarla. "Carlos no aceptaba el diagnóstico, no

quería sacarla de la clínica, fue al hijo que más le afectó la enfermedad de mi mamá", recuerda Felicia.

Un mes exacto después, el 12 de junio, Nicasia murió. Tenía 60 años de edad y jamás se enteró de que Carlos iba a tener otro hijo fuera del matrimonio. Al poco tiempo del fallecimiento de la madre, Café llevó a vivir a Pamela al bloque morocho y a partir de ese momento empezó a compartir su estadía entre su casa, en el edificio Las Américas frente al Terminal Marítimo de La Guaira, y sus escapadas al apartamento materno.

Poco antes del nacimiento de Paola, Café terminó su relación con Pamela y se llevó a la niña a su casa, con Evelyn. "Yo siempre acepté a Paola como la hermana de mis hijos, nunca la rechacé y cada vez que Carlos me la llevaba para la casa la atendía como si fuera uno de ellos", dice Evelyn. Su esposa aguantó muchas cosas para mantener su matrimonio, pero llegó un momento que no pudo más. Las mujeres, las salidas nocturnas, los caballos y el maltrato por parte de su esposo cada vez se hacían más frecuentes. "Carlos no se medía cuando estaba molesto, él no bebía, lo hacía en su sano juicio, pero, yo no podía seguir soportando eso porque lo veían mis hijos", recuerda.

El más afectado con la agría situación era Teodoro, porque José era muy apegado a su padre y evitaba ver las peleas entre ellos y Carlos Daniel, aún estaba muy pequeño y no era consciente de lo que pasaba. "Cuando Carlos se molestaba, todo salía volando, eso era horrible. A Teodoro se le empezaron a pelar las manitos por los nervios", relata Evelyn su recuento de agravios. "Al principio yo era distante con mi papá por las cosas que veía en la casa, pero después que se separaron nos empezamos a llevar mejor", cuenta Teodoro, que en la actualidad, al igual que su hermano, es pelotero profesional. "Cuando nos llevaba a su casa él era el padre ejemplar,

amoroso, nos hablaba de buenos modales y de ser buenas personas", comenta.

Al terminar definitivamente la relación con su esposa, Carlos se quedó una temporada sin una pareja fija, se fue a vivir solo a un apartamento en Macuto y poco después descubre que está seriamente enfermo. Transcurrían los primeros días de 1997. Aun así, Café no abandonó su carrera y decidió jugar un año más, pero solo en Venezuela. Durante ese periodo en la liga venezolana logró un promedio de .269, en 160 turnos con 43 hits. Fue una temporada aceptable, pero él no se engañaba: sabía que había llegado el final. Luego de jugar en el último partido de los Tiburones de La Guaira en esa campaña, Café se retiró del beisbol profesional. En 15 temporadas en la LVBP dejó un promedio de .274 en 1794 turnos al bate, 492 hits y 265 carreras impulsadas.

Su hermano Omar, en medio de la nostalgia, recuerda unas palabras que le dijo Café un tiempo después de retirarse. "Omar, yo ya perdía la bola de vista, ni veía cuando caía. A veces pensaba que la había sacado de jonrón y cuando me daba cuenta la estaban devolviendo porque el *right field* —jardinero derecho— la había agarrado. No podía ser, ahí fue cuando me di cuenta que me salía retiro".

Durante la siguiente temporada, en diciembre de 1998, el equipo de los Tiburones de La Guaira —el único en el que Café participó en su paso por la LVBP— le hizo un homenaje en el cual retira la camisa número 40 que usó durante 15 temporadas. Ahora a José "Cafecito" Martínez, su hijo mayor, le fue otorgada la camiseta número 40 en su honor. Cafecito es muy parecido a su padre, quizás hasta más alto y delgado, y repite sus gestos al hablar, al caminar y al batear.

La vida de Café se comienza a extinguir. Más rápido de lo que suponía. Carecía de los medios para costearse la enfermedad, nunca tuvo

sentido del ahorro y jamás invirtió en nada. “Carlos se acostumbró a una vida de derroche, no usaba tarjetas de débito, ni de crédito, ni cheques, siempre salía con efectivo y en una salida podía llevar hasta 40 millones”, recuerda su hermano Orlando, que agrega que “así como le entraba el dinero, le salía. Ese le daba a todo el mundo, ayudaba a todo el que le pidiera y al final no le quedó nada”, explicó.

Debieron recurrir a la MLB para exponer el caso. Café estaba viviendo en casa de su hermana Isabel y para comunicarse con la Asociación de la Liga tenía que robarse las llamadas, no tenían los medios suficientes para llamar al exterior. Los antiguos teléfonos locales eran unos aparatos cuadrados de color gris, tenían un disco en medio con unos orificios en cada número y el auricular se montaba encima de dos botones alargados que servían para trancar la llamada. Carlos y sus hermanas utilizaban una técnica con el aro de los números para robarse las llamadas, pero era más el tiempo que perdían en ese proceso, que las veces que les resultaba la trampa.

Un día lo atendieron. Legalmente no le correspondía la pensión porque necesitaba como mínimo haber durado 10 temporadas en Grandes Ligas y él estuvo siete. “Luis Salazar, yo y otros tantos peloteros luchamos para que le dieran su pensión y al final se la dieron”, recuerda Carlos “Morocho” Moreno.

Al empezar a cobrar su pensión, pudo costearse su tratamiento, pero a medida que pasaba el tiempo se deterioraba más cada día. “Nosotros sufrimos más con la enfermedad de Carlos que con la de mi mamá, él no aceptó ni la enfermedad de ella ni la de él. Se echó a morir”, recuerda su hermana Felicia, que habla en voz muy baja, con largas pausas entre frase y frase.

Nunca le gustó hablar de su enfermedad, creía que no valía la pena, lo deprimía. El periodista Salvador Fleján en un artículo que escribió para el

diario *El Nacional* en febrero de 2006 dice que una vez escuchó decir a Café en un programa de televisión, en un canal deportivo, las siguientes palabras: "Todo el mundo sabe lo que tengo. Que eso le sirva de ejemplo a los muchachos".

Su hermana Felicia dice sentirse agradecida con los periodistas por respetar los deseos de Café, a pesar de la relación amarga que vivió con la prensa, al final sintieron compasión por él.

El dinero que recibía de la pensión era en dólares y Café utilizó una buena parte en su pasión desenfrenada: las carreras de caballos. Pasaba los días en lugares de apuestas, gastaba el dinero en lo que más le gustaba, pero su diversión pasó del fanatismo por el hipismo al vicio. Si se le acababa el efectivo, firmaba pagarés, o dejaba las cadenas como depósito de pago, o lo que tuviese encima. Así se olvidaba de la enfermedad. No al revés: el mal lo consumía velozmente. Pero, ante la evidencia de su trágico destino, en Café surgió un atisbo de conciencia, de redención.

Destruido físicamente, sin fuerzas y sin dinero en el bolsillo, se dio cuenta de tantos errores que había cometido y pidió perdón a cada una de las personas a las que les había hecho daño. La primera en la lista fue Evelyn. Le dijo que tenía que hablar con ella y la citó a almorzar a un restaurante cerca de la playa, que en sus mejores tiempos juntos acostumbraban a ir. Café con lágrimas en los ojos le explicó que estaba mal y que probablemente no le quedaba mucho tiempo de vida. Ambos lloraron, él le pidió perdón en repetidas ocasiones y ella aceptó sus disculpas. “Carlos fue mi primer hombre, mi esposo, el papá de mis hijos, a pesar de todas las cosas malas que vivimos también hubo buenas y yo de verdad lo quería mucho”, dice Evelyn.

Le pidió que preparara una reunión con toda su familia, que hiciera una sopa para todos, porque él necesitaba hablar con ellos. Le prometió que

no haría espectáculos, solo quería compartir algunas palabras, necesitaba desahogarse. Aquel día Café habló con cada una de las personas que estaban en la reunión y les pidió perdón, sobre todo a los padres de Evelyn Ignacio y Ezequiela que vieron pasar a su hija tanto trabajo. Corrieron muchas lágrimas, más las de Carlos que era muy sentimental.

Era una forma de despedirse de este mundo, que no se limitó a la familia. El locutor deportivo Ramón Corro lo tuvo en varias ocasiones en sus programas de radio y televisión y recuerda que en las últimas ocasiones hasta a él le ofreció disculpas. “Café dio un vuelco impresionante, se excusó por las veces que se negó a darme entrevistas, sabía que en repetidas ocasiones había actuado mal”. La otra faceta que desarrollo cuando su vida se acercaba al final fue la de ayudar a personas jóvenes, sobre todo a los peloteros. Transmitía su experiencia deportiva y personal a todos, para que evitaran cometer sus mismos errores.

El presidente ejecutivo de la emisora radial Radio Deporte, Asdrúbal Fuenmayor, lo tuvo varias veces en la radio, en particular en los últimos días y hace una reflexión respecto a esta fase de su vida. “Café se dio cuenta como había trascurrido su vida, aprendió de los errores y lo compartió. Si al menos una sola persona lo escuchó, así haya sido uno de sus hijos, ya fue bueno porque abrió el camino para que otro pudiese llevar una mejor vida”, explicó.

Enfermo y necesitado de compañía, se fue unos meses al estado Portuguesa con su hermano Guayoyo, que era coach de bateo del desaparecido equipo de la LVBP Pastora de los Llanos. “Carlos me ayudó muchísimo en ese tiempo, observaba a los muchachos y luego me decía en que ponerlos a trabajar”, explica Guayoyo, que se lo llevaba a todas las prácticas y a los juegos, y asegura que Café “fue parte de su éxito como coach de bateo”.

Cuando podía iba al Universitario a hablar con los peloteros de los Tiburones de La Guaira, en especial en con los que él veía que tenían algún talento. Llegaba a la hora de la práctica del equipo y le pedía cinco minutos a Ángel Bravo, ex jugador e instructor de bateo del equipo. “Nunca le dije que no porque Café fue muy buen bateador, ese sí era un *caballo*, sabía que él le iba a dar buenos consejos, yo lo admiraba mucho”, expresa Bravo.

Café ya no tenía la estampa de cuarto bate. Eran aún más desgarbado que aquel muchachito tímido y hosco que había debutado con los Tiburones de La Guaira en el campo corto a los 18 años de edad. Parecía que había retrocedido el tiempo, pero, para sus adentros, quizás, quería ser un ejemplo de lo que debe evitarse. “Llegaba al estadio y donde veía una figura emergente iba y se sentaba a hablar con él, pero era impresionante hablaba muchísimo, les decía que no cometieran sus mismos errores”, recuerda el periodista Ignacio Serrano.

Sus hijos fueron las personas que más lo escucharon y recitan cada una de las palabras que les decía su padre. A ellos, más que a nadie, les pidió perdón y los aconsejó siempre en todos los sentidos. Sabía que serían peloteros, que estaban encaminados y les dijo que debían trabajar duro y con constancia para alcanzar sus objetivos. “Un día llorando me dijo que iba a llegar un momento que no iba a estar para verme crecer, pero que desde el cielo siempre estaría con nosotros, en las buenas y en las malas”, recuerda con nostalgia su hijo Teodoro y asegura, al igual que su hermano José, que ambos trabajan para ser unos peloteros como él lo fue.

Fueron años de dolor. Intentó reconciliarse con Pamela y estuvieron juntos una vez más, vivieron en su apartamento en Macuto y luego un tiempo en Puerto la Cruz, pero no resultó. “Carlos no entendía que ella era una carajita, no tenían los mismos intereses”, comenta Evelyn, que luego de ser su esposa, se convirtió en amiga y confidente. Más tarde conoce a otra

mujer, Maika, e inicia una relación con ella, pero esa unión tampoco funcionó y a medida que pasaba los días, se fue deteriorando poco a poco y dejó de salir.

Con el declive de su presencia deportiva, cuando la fama y el éxito lo abandonaron, y se refugió en el apartamento del bloque morocho, se acabaron las visitas, las aglomeraciones. Los que creía que eran sus amigos lo dejaron solo, no lo vieron más. “Carlos se destruyó moralmente, sufría mucho. Se sentía muy solo, la tristeza lo arrastraba”, recuerda su hermana Felicia. Le costaba caminar, tuvo que usar una silla de ruedas. Le afectaba tanto su situación que tuvo complicaciones psicológicas. Perdía la noción del tiempo, se volvía más agresivo y, sin motivo aparte, caía en aletargamiento, parecía ido del mundo. “Estaba muy deprimido, no quería seguir luchando”, habla Felicia.

En noviembre de 2005 lo ingresaron por un mes en el área psiquiátrica del Hospital Universitario de Caracas. “Carlos se negaba a estar ahí, pero al final le ayudó mucho”, recuerda Adriana. El 21 de diciembre de ese mes le dieron permiso en el hospital para que pasara la Navidad con sus familiares en casa, con la condición de volver un tiempo más para seguir con su tratamiento. Pero, ese mismo día, al llegar al bloque morocho les dijo a sus familiares que no regresaría más a ese “loquero”.

—Yo para allá no voy más. Anda tú y quédate con ese poco de locos a ver si aguantas un día—, le dijo a Adriana, mientras se dejaba caer en el mueble de la sala.

Los días de las festividades decembrinas lo animaron. Tomó una parte del dinero de la pensión y mandó a comprar pollo, pernil, jamón ahumado y los ingredientes para las hallacas. Mandó a decorar la casa a su antojo, el árbol de navidad, que tenía adornos amarillos, lo mandó a quitar. Quería que

la casa estuviese decorada de “rosa vieja”, el color preferido de Nicasia Martínez, su madre. Les dio dinero a sus hermanas para que compraran cortinas, manteles. Todo de rosa vieja.

El recuerdo de Nicasia lo reconfortaba, hubiese deseado que estuviera en ese momento con él, aunque estaba seguro de que pronto estarían juntos. Por eso quería vivir esa navidad en su honor, celebrarla en familia, como a ella le gustaba. El 24 de diciembre había sobre la mesa dulces y flores, la casa estaba adornada como lo había pedido. Pasó el día sentado frente a la puerta del apartamento, que siempre estaba abierta, con música a todo volumen y cantando con todas las fuerzas que tenía. A todos los que pasaban por el pasillo les deseaba feliz navidad y los invitaba a pasar para que se comieran unos dulces y les daba unas hallaquitas para llevar.

—Esa vaina es para regalar, si se acaban la hallacas vuelven a hacer, yo no veo problema. — decía a sus hermanas, con su carácter imponente de siempre.

Para el 31 de diciembre las hermanas Martínez tuvieron que volver a hacer hallacas y bollos, pero para esos días Carlos empeoró. Esa semana la pasó atormentado, todo le molestaba. En sus años de pelotero se encomendaba al Sagrado Corazón de Jesús, a su papá y al reconocido pelotero puertorriqueño Roberto Clemente, que murió en los años 70 al caerse un avión que lo llevaba a Nicaragua. Un cuadro de la Sagrada Familia adornaba la sala de su casa. Se quedaba, alelado, mirándolo, lo tocaba y se persignaba.

Lo alteraba el ruido de la batidora con la que sus hermanas Mayita y Adriana, al igual que su madre, preparaban tortas y dulces, que vendían en una mesita en la planta baja del bloque morocho.

—¡Apaguen esa vaina! ¿Cuánto cuesta esa torta? Yo te la pago, pero no hagan nada, me vuelven loco—, gritaba Café, abrumado por el dolor y la desesperación.

La primera semana de enero de 2006 aquella desesperación se convirtió en debilidad. El Café estaba abatido, lo llevaron al hospital. Estaba muy grave. Tenía 41 años y nueve padeciendo un mal que lo fue consumiendo.

***

A las 11 de la mañana llegaba Omar con la bombona de oxígeno. Tenía una semana en la misma rutina, debía recargarla diariamente para mantener respirando a su hermano. Al llegar a la casa se quedaba un rato con él.

Era el lunes 23 de enero de 2006, Omar, se quedó toda la tarde compartiendo con su hermano. Como a las cinco, Café tocó la campanita para que su hermana Adriana se acercara a la habitación, quería preguntarle sí había sabanas limpias para que su hermano se quedara esa noche con él, pero Omar le advirtió enseguida que no podía porque al día siguiente debía salir muy temprano y no tenía ropa en esa casa. Café no quería dormir solo.

A las nueve de la noche Adriana le explicó que al día siguiente tenía que viajar a Valencia, y lo atendería su hermana Mayita. Carlos era muy caprichoso y apegado a sus hermanos menores Omar y Adriana, prefería siempre que estuvieran con él. “No es que me vas a empezar a chantajear que te duele aquí y allá, para que me quede contigo”, le advirtió Adriana.

Pasaron dos horas y Adriana decidió acostarse esa noche con él. Café al verla le preguntó por Ronald, su sobrino que el día anterior había cumplido 11 años. El niño estaba durmiendo con su papá en la habitación de al lado,

pero Carlos quería que fuera a dormir con él. Ronald era muy apegado a su tío, sobre todo porque habían vivido juntos esos últimos años.

A Ronald se le hacía incómodo dormir con su tío, le deprimía su estado físico. Café estaba muy flaco, demacrado y la voz que apenas le salía al hablar, parecía de ultratumba. Además respiraba muy fuerte y muchas veces se le trancaba el pecho al toser. Ronald accedió a dormir con él, con la condición de que su madre también estuviese ahí.

A las 12:30 de la noche Café despertó con un sobresalto y le pregunto a Adriana la hora, ella se la dijo, pero minutos después volvió a hacer la misma pregunta, se despertaba asustado cada media hora. Adriana le decía que se quedara tranquilo y durmiera.

A las 4:30 de la madrugada, Adriana se levantó para irse a Valencia. Fue a la cocina y montó en la hornilla una ollita con agua para hacer café. Regresó a la habitación para vestirse, pero Café, que no había dormido casi nada en toda la noche, al verla le pidió un té. Adriana le dijo que no había hierbas para hacerlo, pero él insistió que había mandado a comprar, el día anterior, con su sobrino, de esos sobrecitos de manzanilla que se diluyen en el agua. Adriana fue a la cocina y los consiguió, agarró un poco de la misma agua del café y se lo hizo. En eso Adriana se empezó a beber su café y colocó la taza de té a un lado para que se enfriara, pero oyó sonar la campana y le llegó un grito ahogado de su hermano.

—¿Por qué no me has traído el té?— preguntó Café.

—Porque está muy caliente y te puedes quemar— respondió Adriana.

—No importa, dámelo así—, le exigió, sin calma.

Nadie le negaba nada. Le dio el té, se lo tomó en seguida, como si fuese agua fría, como si aquel líquido hirviendo no le quemaba la garganta.

Adriana fue al otro cuarto, donde se encontraba su esposo y su hijo, que había regresado a dormir con el padre. Ella sintió un ruido y un susto se le agolpó en el pecho, corrió a ver a su hermano y se dio cuenta que agonizaba. Intentaba respirar y no podía, la mascarilla le resultaba inútil, hacía el intento de hablar pero las palabras no le salían. Adriana corrió a la otra habitación a buscar a su esposo para llevar a Café rápido al hospital pero cuando volvieron había dejado de luchar. Eran las cinco en punto de la mañana del 24 de enero de 2006.

Adriana empezó a pegar gritos. Tomó el celular y llamó enseguida a Omar, pero no logró comunicarse. Presa de la angustia, bajó corriendo los siete pisos hasta la planta baja y siguió corriendo en dirección a Sorocaima, Maiquetía, donde vivía Omar. Solo se detuvo al llegar al frente de la casa a ocho cuadras y se puso a dar gritos de la acera. Omar salió y al verla supo lo que había pasado. Se maldijo por no haberse quedado con su hermano en la última noche de su vida.

Aunque sabían que Café estaba muy grave, ninguno de ellos imaginaba la prontitud de su muerte. Al volver al apartamento, en las primeras luces del día, las puertas estaban abiertas, como siempre, y la gente volvió a aglomerarse en aquella vivienda donde Café Martínez correteó, jugó, bailó y fue, a su modo, feliz. Luisa y César, los vecinos de tanto tiempo, estaban devastados. Llegaron Evelyn y Pamela con sus hijos y se dispusieron a trasladarlo a la funeraria.

Lo velaron en Las Pompas Fúnebres, en La Guaira Colonial. Antes del medio día el lugar estaba abarrotado. “La Guaira se paralizó, parecía que todo el estado había ido, hasta los niños uniformados de las escuelas estaban ahí”, cuenta Omar.

La urna, en contra de su voluntad, abierta. Omar recordó que Carlos le había dicho que si quedaba muy deteriorado no dejara que nadie lo viera. Lo

taparon y le colocaron encima la placa que le habían dado el día que los Tiburones de La Guaira retiraron el número 40 en su honor, además de la camisa que utilizaba en el equipo.

"Carlos murió de tristeza, porque todos sus amigos lo abandonaron, se sentía solo, pero si él hubiese visto todas las personas que estaban ahí lamentando su partida, que sí había gente que lo quería, hubiese luchado más", explica Felicia. Gente que ni conocían lo lloraba, con desconsuelo. Un señor mayor, con cabellos blancos, lloraba sin cesar a un lado de la urna. Ninguno de sus familiares sabían quién era. Les parecía extraño. Se le acercaron y le preguntaron qué pasaba. El hombre les contó que aunque era mayor que Café, éste había sido un padre para él y sus hijos, porque había pasado por situaciones muy difíciles y Carlos nunca lo dejó morir de hambre ni a él ni su familia. "Nunca le pregunté el nombre al señor, quedé impresionada con lo que dijo, pero no lo dudé porque Carlos a todo el mundo ayudaba, nunca fue agarrado con el dinero. A pesar de todo fue buena persona", dice su hermana Felicia, sin un rastro de duda.

La samba de los Tiburones de La Guaira, la Macuto Samba Show, acompañaron con su música el traslado del féretro desde la funeraria hasta el cementerio de La Guaira, a casi un kilómetro de Las Pompas Fúnebres.

Era el fin de un prospecto deportivo surgido de la nada, de las calles. Talento puro con un carácter indomable. Un hombre al que muchos recuerdan por su buen corazón, y otros por sus rabietas y desenfrenos.

El periodista Salvador Fleján, en un texto escrito unos días luego de la muerte de Café, el 2 de febrero de 2006, sostenía que Carlos "Café" Martínez en vez de haber sido pelotero, parecía boxeador. El boxeador que veía en él su papá, cuando lo entrenaba lanzando golpes a rivales imaginarios. Quizás esa imagen simbolice su trayectoria: un rebelde indomable, incomprensible, que tocó lo más alto y cayó al fondo, para morir

en el mismo sitio donde alimentó sus sueños y empezó su sed insaciable por el juego y las apuestas. “La vida no lo maltrató, son cuestiones que pasan”, resume, parco, su hermano Orlando.

Evelyn –que lo amó y lo padeció; que le tuvo miedo y lo ansió como compañero y soporte- exhala un suspiro y dice: “Carlos está en el cielo, porque se arrepintió, pidió perdón y trató de ayudar a otros”. Ella, después de la muerte de su esposo, confiesa que logró entender muchas cosas. “Su vida no fue fácil”.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

Arias, F. (1999). *El proyecto de investigación. Guía para su elaboración* (3ª ed.). Caracas: Episteme.

Benavides, J. y Quintero, C. (2004). *Escribir en Prensa* (2ª ed.). Madrid, España: Pearson Educación.

Cáceres, J. G. (1998). *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación* (1ª ed.). D.F, México: Addison Wesley longman.

Córdova, V. (1993). *Historias de vida: una metodología alternativa para ciencias sociales*. Caracas: Tropykos. Comisión de estudios de postgrado FACES/UCV.

DRAGNIC, Olga. (2003). *Diccionario de Comunicación Social*. (2ª ed.). Venezuela: Panapo.

Manual del Tesista de la Universidad Católica Andrés Bello. (2003). Caracas: *Universidad Católica Andrés Bello.*

Taylor, S.Y. y Bogdan, R. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: la búsqueda de los significados*. España: Paidos.

Tiburones 50 aniversario. (2012/2013). Guía de medios. Tiburones de la Guaira BBC. Caracas, Venezuela.

Artículos en periódicos:

Acosta, H. y Sánchez, M. (1990, Julio 30). “Café” confía en mejorar. *El Nacional*, p. B-2.

Acosta, H. (1991, Julio 25). “Café” Martínez: No volveré a las menores. *El Nacional*, p.B-6.

“Acusaremos a “Café” Martínez de homicidio frustrado”. (1990, Enero 26). *Meridiano*, p.11.

Arrioja, G. (1990, Enero 25). “Café” Martínez al Retén de Catia. *Meridiano*, p. 2.

Arrioja, G. (1990, Enero 26). La radiografía revelará la verdad. *Meridiano*, p.11.

Arrioja, G. (1990, Enero 27). Velo de intriga envuelve el caso “Café” Martínez. Meridiano, p.10.

Arrioja, G. (1990, Enero 27). “No tengo dinero”. *Meridiano*, p. 11.

Arrioja, G. (1990, Enero 28). Los Medias Blancas interesados por destino del “Café” Martínez. *Meridiano*, p.13.

Arrioja, G. (1990, Enero 31). Mañana decide la juez sobre el “Café” Martínez. Meridiano, p.2).

Auto de detención al “Café” Martínez. (1991, Noviembre 21). *El Nacional*, p. B-1.

“Café” Martínez abandonó organización de Chicago. (1987, Agosto 25). *El Nacional*, p.B-2.

"Defenderemos al Café Martínez". (1990, Enero 26). *Meridiano*, p.11.

Denuncia contra "Café" Martínez presentó árbitro Ramírez. (1990, Diciembre 11). *El Nacional*, p. B-4.

Fleján, S. (2006, Febrero10). El último Café (Beisbol). *El Nacional*, p. B-4

Martínez: El Mejor café. (1986, Octubre 27). El Nacional, p. B-22.

No quería jugar "AA" y por eso estoy aquí. (1987, Agosto 31). *El Nacional*, p. B-11.

Preocupación En Chicago por suerte del "Café". (1990, Febrero 1990). El Nacional, p.B-2.

Reinoso, V. (1990, Febrero 2). "Café" Martínez en libertad por sometimiento a juicio. *El Nacional*, p. D-15.

"Se determinará mi inocencia". (1990, Enero 26). *Meridiano*, p.11.

Vigilante demandará a "Café" Martínez. (1990, Enero 23). El Nacional, p. D-13.

Publicaciones electrónicas:

Albornoz, F. (2012, Enero 24). *Hace seis años el gran "Café" Martínez fue cambiado a la "liga celestia*l". [iconosdevenezuela.com]. Disponible: http://www.iconosdevenezuela.com/?p=14009

Baseball Statistic and History. [baseball-reference.com]. Disponible: http://www.baseball-reference.com/

Carlos “Café” Martínez. (s.f.). [tiburonespaencima.com]. Disponible: http://www.tiburonespaencima.com/tiburones/cafe_martinez.html

Estadísticas Beisbol profesional Venezolano. [purapelota.com]. Disponible: http://www.purapelota.com/lvbp/

Falleció pelotero venezolano Carlos “Café” Martínez. (2006, Enero 24). [terra.com].Disponible: http://www.terra.com/deportes/articulo/html/fox221279.htm

Pelota oficial de la Liga Mexicana de Beisbol. [milb.com]. Disponible: http://www.milb.com/index.jsp?sid=l125

Rojas, E. (2006, Enero 25). 24/01/06 Fallece Carlos “Café” Martínez. *[ElUniversal*.tiburonesdelaguaira.blogspot].Disponible:http://tiburonesdelaguaira.blogspot.com/2006/01/240106-fallece-carlos-caf-martnez.html

Tal día como hoy se fue Carlos “Café” Martínez. (2013, Enero 24). [ritmodeportivo.com.ve]. Disponible: http://www.ritmodeportivo.com.ve/2013/01/tal-dia-como-se-fue-carlos-cafe-martinez.html

Tiburones de la Guaira: 50 aniversario. (s.f). [tiburones.net]. Disponible: http://www.tiburones.net/cmaestro/origenes.php

ANEXOS

Estadísticas de bateo de Carlos Café Martínez (Ligas Menores)

Year	Age	Tm	Lg	Lev	Aff	G	PA	AB	R	H	2B	3B	HR	RBI	SB	CS	BB	SO	BA	OBP	SLG	OPS	TB	GDP	HBP	SH	SF	IBB
1984	18	Yankees	GULF	Rk	NYY	31	100	91	9	14	1	1	0	4	3	0	6	15	.154	.204	.187	.391	17		0	2	1	0
1985	19	Fort Lauderdale	FLOR	A	NYY	93	333	311	39	77	15	7	6	44	8	4	14	65	.248	.283	.399	.681	124		2	4	2	1
1986	20	3 Teams	3 Lgs	AA-AAA-A	NYY,CHW	91	340	323	41	87	19	2	10	45	2	3	8	64	.269	.294	.433	.728	140		5	0	4	0
1986	20	Fort Lauderdale	FLOR	A	NYY	5	16	16	1	1	0	0	0	0	0	0	0	6	.063	.063	.063	.125	1		0	0	0	0
1986	20	Albany-Colonie	EL	AA	NYY	69	264	253	34	70	18	2	8	39	2	3	6	46	.277	.299	.458	.758	116		3	0	2	0
1986	20	Buffalo	AA	AAA	CHW	17	60	54	6	16	1	0	2	6	0	0	2	12	.296	.333	.426	.759	23		2	0	2	0
1987	21	2 Teams	2 Lgs	AAA-AA	CHW	92	353	334	34	82	16	1	3	36	5	4	15	56	.246	.276	.326	.602	109		0	1	3	1
1987	21	Birmingham	SOUL	AA	CHW	9	31	30	2	7	1	0	0	0	2	2	1	6	.233	.258	.267	.525	8		0	0	0	0
1987	21	Hawaii	PCL	AAA	CHW	83	322	304	32	75	15	1	3	36	3	2	14	50	.247	.277	.332	.609	101		0	1	3	1
1988	22	Birmingham	SOUL	AA	CHW	133	544	498	67	138	22	3	14	73	25	7	36	82	.277	.325	.418	.742	208		2	2	6	2
1989	23	2 Teams	2 Lgs	AAA-A	CHW	21	83	75	14	31	6	1	2	12	4	2	6	15	.413	.446	.600	1.046	45	0	0	0	2	0
1989	23	South Bend	MIDW	A	CHW	3	12	11	2	6	3	0	0	3	2	0	1	1	.545	.583	.818	1.402	9	0	0	0	0	0
1989	23	Vancouver	PCL	AAA	CHW	18	71	64	12	25	3	1	2	9	2	2	5	14	.391	.423	.563	.985	36		0	0	2	0
1991	25	Canton-Akron	EL	AA	CLE	80	326	295	48	97	22	2	11	73	11	4	22	47	.329	.371	.529	.900	156	7	2	0	7	3
1992	26	Colorado Springs	PCL	AAA	CLE	9	36	32	7	10	1	0	0	5	0	0	1	5	.313	.333	.344	.677	11	0	1	0	2	1
1993	27	Charlotte	IL	AAA	CLE	20	84	79	17	29	7	1	3	12	2	0	4	15	.367	.405	.595	1.000	47	2	1	0	0	0
1995	29	Vancouver	PCL	AAA	CAL	25	106	97	17	24	3	0	1	6	1	2	7	17	.247	.311	.309	.621	30	4	2	0	0	2
1996	30	Poza Rica	MEX	AAA																								
11 Seasons						**595**	**2305**	**2135**	**293**	**589**	**112**	**18**	**50**	**310**	**61**	**26**	**119**	**381**	**.276**	**.315**	**.415**	**.730**	**887**	**13**	**15**	**9**	**27**	**10**
Rk (1 season)				**Rk**		**31**	**100**	**91**	**9**	**14**	**1**	**1**	**0**	**4**	**3**	**0**	**6**	**15**	**.154**	**.204**	**.187**	**.391**	**17**		**0**	**2**	**1**	**0**
A (3 seasons)				**A**		**101**	**361**	**338**	**42**	**84**	**18**	**7**	**6**	**47**	**10**	**4**	**15**	**72**	**.249**	**.283**	**.396**	**.679**	**134**	**0**	**2**	**4**	**2**	**1**
AA (4 seasons)				**AA**		**291**	**1165**	**1076**	**151**	**312**	**63**	**7**	**33**	**185**	**40**	**16**	**65**	**181**	**.290**	**.330**	**.454**	**.784**	**488**	**7**	**7**	**2**	**15**	**5**
AAA (7 seasons)				**AAA**		**172**	**679**	**630**	**91**	**179**	**30**	**3**	**11**	**74**	**8**	**6**	**33**	**113**	**.284**	**.322**	**.394**	**.715**	**248**	**6**	**6**	**1**	**9**	**4**

Fuente: http://www.baseball-reference.com/

Estadísticas de bateo de Carlos "Café" Martínez (MLB)

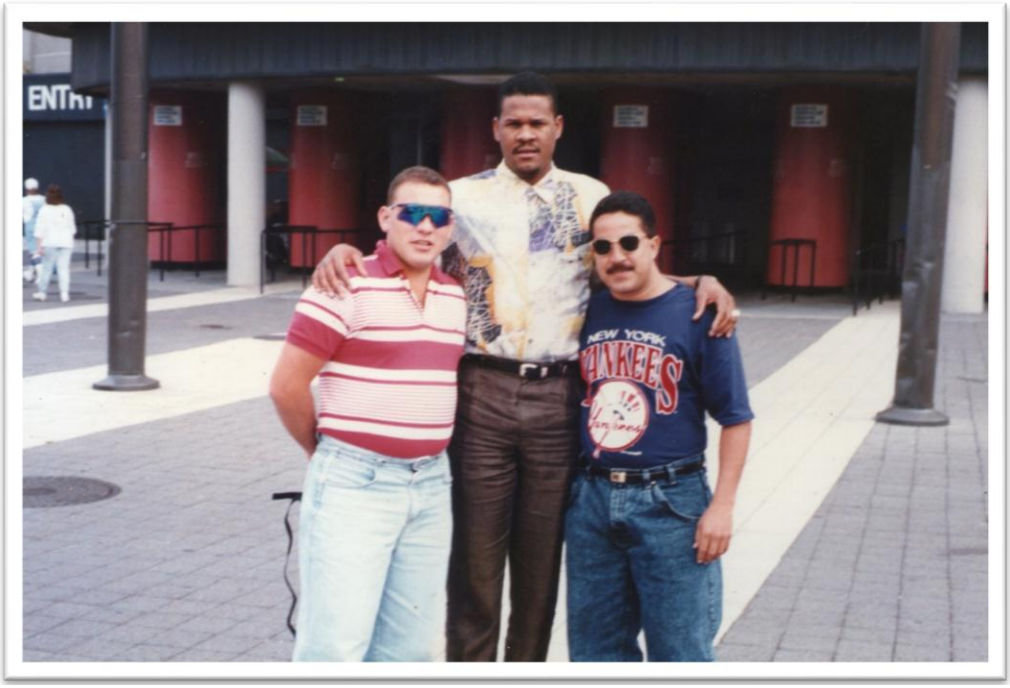
Year	Age	Tm	Lg	G	PA	AB	R	H	2B	3B	HR	RBI	SB	CS	BB	SO	BA	OBP	SLG	OPS	OPS+	TB	GDP	HBP	SH	SF	IBB	Pos	Awards
1988	22	CHW	AL	17	55	55	5	9	1	0	0	0	1	0	0	12	.164	.164	.182	.345	-3	10	1	0	0	0	0	5/D	
1989	23	CHW	AL	109	379	350	44	105	22	0	5	32	4	1	21	57	.300	.340	.406	.746	113	142	14	1	6	1	2	537/D	
1990	24	CHW	AL	92	283	272	18	61	6	5	4	24	0	4	10	40	.224	.252	.327	.579	63	89	8	0	1	0	2	3/D7	
1991	25	CLE	AL	72	275	257	22	73	14	0	5	30	3	2	10	43	.284	.310	.397	.707	94	102	10	2	1	5	2	D3	
1992	26	CLE	AL	69	241	228	23	60	9	1	5	35	1	2	7	21	.263	.283	.377	.661	86	86	5	1	1	4	0	3S/D	
1993	27	CLE	AL	80	285	262	26	64	10	0	5	31	1	1	20	29	.244	.295	.340	.634	71	89	5	0	0	3	3	53D	
1995	29	CAL	AL	26	68	61	7	11	1	0	1	9	0	0	6	7	.180	.265	.246	.511	35	15	2	1	0	0	2	5/3D	
7 Yrs				**465**	**1586**	**1485**	**145**	**383**	**63**	**6**	**25**	**161**	**10**	**10**	**74**	**209**	**.258**	**.293**	**.359**	**.652**	**81**	**533**	**45**	**5**	**9**	**13**	**11**		
162 Game Avg.				**162**	**553**	**517**	**51**	**133**	**22**	**2**	**9**	**56**	**3**	**3**	**26**	**73**	**.258**	**.293**	**.359**	**.652**	**81**	**186**	**16**	**2**	**3**	**5**	**4**		
CLE (3 yrs)				**221**	**801**	**747**	**71**	**197**	**33**	**1**	**15**	**96**	**5**	**5**	**37**	**93**	**.264**	**.297**	**.371**	**.667**	**83**	**277**	**20**	**3**	**2**	**12**	**5**		
CHW (3 yrs)				**218**	**717**	**677**	**67**	**175**	**29**	**5**	**9**	**56**	**5**	**5**	**31**	**109**	**.258**	**.292**	**.356**	**.648**	**83**	**241**	**23**	**1**	**7**	**1**	**4**		
CAL (1 yr)				**26**	**68**	**61**	**7**	**11**	**1**	**0**	**1**	**9**	**0**	**0**	**6**	**7**	**.180**	**.265**	**.246**	**.511**	**35**	**15**	**2**	**1**	**0**	**0**	**2**		

Fuente: http://www.baseball-reference.com/

Estadísticas de bateo de Carlos "Café" Martínez (LVBP)

TEMP	EDAD	EQU	G	PA	AB	R	H	2B	3B	HR	RBI	SB	CS	BB	SO	AVG	OBP	SLG	OPS	IR	TB	XB	HBP	SH	SF	MLBg	MLBw	PREMIOS
1983-84	18	TIB	1		2	0	1	0	0	0	0	0				.500		.500			1	0						
1984-85	19	TIB	3		2	0	2	1	0	0	0	0				1.000		1.500			3	1						
1985-86	20	TIB	19		55	10	11	3	1	3	5	2				.200		.455			25	7						
1986-87	21	TIB	41		142	16	40	8	0	2	24	0				.282		.380			54	10						
1987-88	22	TIB	36		122	13	30	6	1	3	14	2				.246		.385			47	10						
1988-89	23	TIB	44		157	21	52	11	2	7	27	7				.331		.561			88	20				17	-0.64	
1989-90	24	TIB	60		221	29	62	18	3	3	34	4				.281		.430			95	24				109	0.52	
1990-91	25	TIB	34		117	10	20	7	0	2	13	1				.171		.282			33	9				92	-1.87	
1991-92	26	TIB	35		126	16	29	4	1	3	16	3				.230		.349			44	8				72	-0.40	
1992-93	27	TIB	39		138	19	38	7	0	2	12	3				.275		.370			51	9				69	-0.67	
1993-94	28	TIB	10		38	6	10	3	0	1	7	1				.263		.421			16	4				80	-0.83	
1994-95	29	TIB	59		215	31	78	13	1	5	39	8				.363		.502			108	19						GDO,PDA,RDA
1995-96	30	TIB	59		217	20	59	14	0	7	37	8				.272		.433			94	21				26	-0.56	PDA
1996-97	31	TIB	23		82	4	17	5	0	0	15	1				.207		.268			22	5						
1997-98	32	TIB	44		160	13	43	5	0	1	22	1				.269		.319			51	6						
15	--	1	507		1794	208	492	105	9	39	265	41				.274		.408			732	153				465	-4.45	
TEMP	EDAD	EQU	G	PA	AB	R	H	2B	3B	HR	RBI	SB	CS	BB	SO	AVG	OBP	SLG	OPS	IR	TB	XB	HBP	SH	SF	MLBg	MLBw	PREMIOS

Fuente: http://www.purapelota.com/lvbp/



De derecha a izquierda: Alexis Jaspe, Carlos Café Martínez, Gregory Arteaga. Foto cortesía de Gregory Arteaga.

De derecha a izquierda: Gregory Arteaga, Carlos Café Martínez, Alexis Jaspe. Foto cortesía de Gregory Arteaga.

De derecha a izquierda: Alexis Jaspe, Carlos Café Martínez, Gregory Arteaga.
Foto cortesía de Gregory Arteaga.